



Gabriela Mistral
en El Coquimbo



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

MUSEO GABRIELA MISTRAL DE VICUÑA



Gabriela Mistral
en El Coquimbo



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

MUSEO GABRIELA MISTRAL DE VICUÑA

DIRECTOR DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS
Marta Cruz-Coke Madrid

COORDINADOR NACIONAL DE MUSEOS
Daniel Quiroz Larrea

CONSERVADOR MUSEO GABRIELA MISTRAL DE VICUÑA
Jorge González Gronow

INVESTIGACIÓN Y RECOPIACIÓN
Pedro Pablo Zegers
Betty Jorquera T.
María Irene González

PRODUCCIÓN GENERAL
María Irene González
Coordinación Nacional de Museos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
JANO (Ricardo Pérez Messina)

FOTOGRAFÍAS
Archivo del Escritor
de la Biblioteca Nacional

PRODUCCIÓN GRÁFICA
Raimy Gráfica

EDICIÓN
Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Inscripción N° 91.220

Todos los artículos se han transcrito, respetando las normas ortográficas actuales, con el propósito de facilitar su lectura. Sin embargo, se ha optado por no modificar aquellos aspectos que configuran el estilo de la poetisa y que constituyen, a nuestro entender, licencias en su prosa y verso.

PRESENTACIÓN

El Museo Gabriela Mistral de Vicuña, creado para difundir el legado de una de las mujeres más destacadas de nuestra vida cultural nacional, se congratula de presentar esta obra a los estudiosos y a todos aquellos interesados en el pensamiento de nuestra gran poetisa.

Estos escritos, desempolvados de las antiguas páginas del periódico *El Coquimbo* -ya inexistente en La Serena- corroboran los elogios que merecieron las colaboraciones que hizo a *La Voz de Elqui*, publicada anteriormente por nuestro Museo. El material fue rescatado minuciosamente y con mucho afecto por quienes han hecho de su quehacer cotidiano una búsqueda constante de nuevas informaciones para comprender de esta manera, cada vez más íntimamente, el pensamiento preclaro de Lucila Godoy Alcayaga. Pensamiento que fluye tumultuoso desde 1904 a 1914. Años de hurgar entre libros la sabiduría escurridiza que le negaba su edad y que le hacía cometer errores y andar en círculos en aquel difícil camino que emprenden los autodidactas. La adolescente impetuosa, se va transformando en la joven indomable, cuyo carácter se fue templando con las injusticias e incomprensiones de su tiempo. Es la época de su iniciación como maestra rural, con toda aquella realidad que se le devela y que vierte con toda su crudeza en sus escritos. Opiniones profundas, sagaces, y -porqué no decirlo- cursis, como diría años después, la propia Gabriela comentando su prosa juvenil. Páginas por las que se desliza el astro creador de una mujer que buscó honestamente la belleza de las cosas y de los seres. Que creía, como en la poesía, que los seres eran perfectibles, que la sociedad también era perfectible y que el mundo también.

Con estos artículos, Lucila Godoy nos sorprende como una mujer que con gran certeza desmenuza los sentimientos y los ideales de un mundo que se nos presenta cargado de contradicciones, durante décadas de este conflictivo siglo que felizmente va expirando.

Los años de balbuceo van quedando a la sombra de la Lucila segura, valiente en sus expresiones e intransigente en sus principios. Los hechos que acontecen en su país como los del resto del mundo, no le son ajenos. Estas líneas cuentan de alguien que se está gestando, creciendo en el andar literario. En el preámbulo de lo que vendrá en el tiempo, con el reconocimiento que todos compartimos.

Amigo lector, entregamos esta recopilación con profunda gratitud hacia quienes silenciosamente hicieron posible su edición, con el convencimiento que será un valioso aporte a la comprensión amplia de la obra mistraliana.

Jorge González Gronow
Conservador
Museo Gabriela Mistral de Vicuña

PRÓLOGO

Como una iniciativa del Museo Gabriela Mistral de Vicuña, se instauró, en 1992, una serie de publicaciones, con el propósito de reunir los escritos primeros y dispersos que Lucila Godoy Alcayaga publicó en los distintos periódicos de la IV región. En la serie anterior, se abordaron todos los artículos que la joven maestra enviara como colaboraciones al diario *La Voz de Elqui*, órgano oficial del Partido Radical en la ciudad de Vicuña.

En esta oportunidad, nos corresponde referirnos a otros trabajos, que a partir de 1904 y hasta 1914, aparecieron en la columna de «Lectura Amena» del diario serenense, *El Coquimbo* bajo la firma de Lucila Godoy y los seudónimos: Soledad, Alguien y Alma. En este mismo período, específicamente el 23 de julio de 1908, la joven maestra envía una colaboración con el título «Del pasado», donde utiliza el seudónimo oficial de Gabriela Mistral, que la acompañaría hasta sus últimos días, lo que desmiente categóricamente que fue en los Juegos Florales de Santiago, en 1914, donde lo utiliza por primera vez.

El material recogido en estos diez años, corresponde a 37 textos, entre los que se consignan: cuentos, prosas, prosas poéticas, cartas, poemas y algunos artículos donde trata, por primera vez, temas relacionados con el quehacer educacional, con especial énfasis en la ley sobre la instrucción primaria obligatoria. Cabe destacar que el mayor número de colaboraciones de Lucila Godoy en este diario, se concentran entre los años 1904 y 1905, es decir, aquella producción correspondiente a los años de adolescencia de la poetisa.

Indudablemente que los textos presentados, son una muestra clara de lo anterior. Se puede apreciar, a través de ellos, el proceso de evolución en el trabajo creativo, así como una temática, que generalmente se orienta hacia una experiencia vital dolorosa, a menudo trágica, que trasunta una vivencia personal de igual índole. Por otra parte, estos escritos, nos van situando en el marco geográfico regional donde se desenvuelve la maestra. Primero la vemos colaborando desde La Serena, en el barrio de La Compañía; luego en La Cantero, caserío aledaño a la ciudad de Coquimbo; Santiago; Antofagasta, y finalmente en Los Andes, allá por 1914, cuando seguramente se preparaba para concursar con los inmortales «Sonetos de la muerte», en los ya citados Juegos Florales, que la lanzarían a la fama nacional y al reconocimiento como la poetisa y maestra de América.

Pero antes de los reconocimientos, debió sobrepasar enormes vallas que se cruzaban en su camino magisterial. Es así como en *El Coquimbo* del 30 de abril de 1907, aparece una nota donde se anuncia su designación oficial como inspectora en el Liceo de Niñas de la ciudad, cargo que según reza el inserto, «ha recaído en ella por sus dotes de inteligencia y preparación». No obstante, y como una ironía -de las tantas que tuvo que sufrir en su vida-, durante su desempeño en el cargo, Lucila se ve enfrentada a una de las más duras pruebas de su existencia. Por aquel entonces, era directora del plantel, Ana Krussche, profesora de origen alemán quien conducía los destinos del colegio con una disciplina más bien cercana

a los cánones de un cuartel que a un establecimiento educacional. Enterada la directora de la especial atención que la joven inspectora prestaba a las alumnas de más escasos recursos, así como de las aficiones literarias de Lucila Godoy, la llamó a sus terrenos y la increpó a que abandonara tales inclinaciones, que a nada la conducirían en el futuro. También se debe a Ana Krussche, uno de los documentos más paradójales de la historia de la enseñanza pública de Chile, en el cual asegura que Lucila Godoy carecía de toda inteligencia, además de combatir, junto con el profesorado del liceo, a la joven inspectora hasta hacerla renunciar a su cargo. Una situación similar, tuvo que aceptar allá en los años de la infancia, en Vicuña, cuando la maestra y madrina de confirmación, Adelaida Olivares comunicó a la madre de la niña, doña Petronila Alcayaga, que más valía que la alumna aprendiera un oficio, porque -según ella- Lucila carecía de todo don para las tareas intelectuales.

El Coquimbo de La Serena, diario de filiación radical, era dirigido en aquel entonces por Bernardo Ossandón. Ossandón, que además era maestro, fue un gran apoyo para la joven preceptora. A él dice Gabriela -hecho bastante conocido-, se deben los préstamos de los libros más finos que haya leído en su etapa de formación, además, y como ya hemos mencionado, gracias a sus influencias, obtuvo Lucila su nombramiento como secretaria inspectora del Liceo de Niñas de La Serena, colocación que le permitió atender a sus modestas necesidades y a las de su madre.

En una revisión más detallada de estas primeras producciones, que aquí publicamos, podemos inferir que nos enfrentamos a una prosa pródiga de términos rebuscados y oscuros de adonde resulta difícil encontrar una idea clara y precisa -si la hay-. Con todo -no debemos olvidar que nos encontramos frente a la creación de una adolescente sin una formación sistemática-, estos textos denotan un espíritu alejado de toda vulgaridad y sin dudarle, el presagio de un futuro en la joven maestra. Sin embargo, ella misma, en el prólogo que preparó para *Caravana parda* (1933), de su coterránea María Isabel Peralta declaró: «en esa edad que yo escribía tan escandalosamente mal», descartando de plano toda su creación primera.

Por esta misma época, precisamente en 1908, cuando Lucila estaba ejerciendo como directora de la escuela primaria de La Cantera, Carlos Soto Ayala publica *Literatura coquimbana*. En esta obra de carácter antológica, Soto Ayala dedica un extenso estudio a la personalidad literaria de Lucila Godoy y cuya importancia radica en una carta fechada en 1907, donde la joven maestra define su posición y modalidad literaria, además de su incondicional culto y pasión a Vargas Vila, postura de la cual, años más tarde, reniega, aunque resulta inevitable no ver en sus primeras obras la influencia del maestro colombiano, que le transmitió el afán por el uso de las palabras raras y por los términos reñidos -muchas veces- con la sencillez y el buen gusto.

«Hace tres años que publico artículos -no debe olvidarse que Gabriela comienza a publicar en 1904- y hace dos que el arte me fue revelado en la persona de un libro, de un libro adorable de aquel que es mi maestro y al que profeso una admiración fanática, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones: Vargas Vila...

...Y aquí no he de prescindir de dar las gracias, con el alma, al que me inició en el mundo maravilloso de ese escritor, y fue un artista, el único artista de corazón que he encontrado hasta hoy».

Fueron éstos, sus primeros artículos, y su carácter algo retraído aquellos elementos que coadyuvaron a preparar el camino de la crítica adversa y a la maledicencia, aparte de impedirle el acceso la Escuela Normal de La Serena, que tanto daño le causaron en esos sus tiempos mozos. No obstante, pese a todo, todavía le quedaban fuerzas para defenderse: «Me enorgullece el inspirar ataques y odios; el inspirar desprecio me apenaría. Tengo una coraza que me hace impenetrable a todo ataque dirigido por la calumnia y la maldad. -No se debe olvidar la polémica que se produce en las páginas de *La Voz de Elqui*, cuando su trabajo literario es atacado fuertemente por el crítico anónimo Abel Madac-. Mi carácter es altivo, indomable, inalterable... Para derrotar a los míseros tengo una indiferencia y una energía y un valor inmenso para combatir con los grandes».

Pero no en todos, la joven maestra encontró la indiferencia. Hubo algunos, que comprendiendo su valer, la apoyaron y estimularon siempre.

Ya hemos hablado del viejo periodista Ossandón, y su amplia biblioteca a la que Lucila tuvo permanente acceso. En esos años otra alma caritativa y generosa se acercó a la joven, se trata de doña Nicolasa Montt de Marambio, vicepresidente de la Liga Protectora de Estudiantes Pobres y miembro de la Cooperativa, ambas, instituciones benéficas de La Serena. En un documento -que debemos a nuestra colaboradora permanente y funcionaria del Museo Gabriela Mistral, doña Betty Jorquera-, y que reproducimos en parte, le expresa a Gabriela su admiración y la estimula a continuar con sus escritos. Asimismo ofrece a Lucila el apoyo necesario para satisfacer sus mínimas aspiraciones.

«Tengo a la vista su atenta carta fecha de ayer -se trata de una carta fechada el 1 de septiembre de 1909- que recibí con los libros y hoy me doy el placer de enviarle otros, aunque tal vez Ud. los sepa de memoria, por lo conocidos.

Agradezco la franqueza con que me habla; jamás dudé de la belleza de su alma y de sus sentimientos religiosos; pues sé por experiencia, que a la mujer que escribe o lee, le dicen «libre pensadora», como que la virtud estuviese reñida con el saber, con esa expansión del espíritu que llama a comunicarla al papel. Deje correr su pluma, estampe sus sentimientos y desprecie la ironía de los ignorantes. Guarde intacta su fe que es un don precioso, y el cielo velará por su felicidad. Tan pronto como me sea posible, hablaré a mi hijo Nicolás sobre sus aspiraciones, y no dudo, que él buscará los medios de satisfacerla según sus deseos. Sin embargo que él es muy retraído y tiene pocas amistades, tenemos la mejor voluntad para serle útil si nos es posible. Avisaré a Ud. tan pronto como pueda comunicarle algo importante».

Esta situación, atípica en las experiencias personales de Gabriela en La Serena, no la harán cambiar su posición frente a la ciudad. Siempre le profesó una gran antipatía, por lo demás, para ella era una ciudad fría y sin eco, donde todo lo artístico cultural pasaba inadvertido y donde ella jamás tuvo un reconocimiento. El propio Enrique Molina, con razón ha expresado que La Serena era para sus hijos intelectuales algo así como un vivero. Porque ellos precisaban de otros campos y otros horizontes para surgir y triunfar en la vida.

Así, en un artículo que años más tarde, publica Gabriela en *El Mercurio*, en homenaje a otro importante serenense, Manuel Magallanes Moure, traza el siguiente esquema de la ciudad: «Nació Magallanes -Moure- en La Serena, ciudad la más española del país: rastro guardado íntegro de la colonia dentro de un ambiente no

poco levítico de gentes pulidas y muelles. Un patio de casa no logra menos tránsito que las calles de esa ciudad del exacto nombre; el clima perfecto, sin agrura de invierno ni sofocos de verano, mas la ninguna industria local ha hecho de La Serena una ciudad en que la criatura no conoce la violencia física ni las otras, sino en unos ponientes arrebatados que tal vez no turban a nadie, porque tampoco los ven los serenenses».

Estamos conscientes de los riesgos de incluir estas opiniones -que no son las nuestras por cierto-, pero así también creemos que las cosas han cambiado, y en la actualidad, Gabriela no sólo es hija predilecta del valle de Elqui, sino también de La Serena.

En otro ámbito, pero siempre remitiéndonos a las páginas de *El Coquimbo*, cabe destacar que durante la investigación de los trabajos que Gabriela publicó en este periódico, se detectó, con fecha 18 de marzo de 1884, es decir cinco años antes del nacimiento de Gabriela, un breve poema de don Jerónimo Godoy V., padre de la maestra, titulado *A la Serena* y dedicado a José I. Rojas. El hecho, resulta del todo novedoso, por tanto no se conocían otros trabajos de don Jerónimo, salvo los ya bastante difundidos versos que compone cuando nace su hija Lucila, y vienen a confirmar el hecho de que entre sus pasiones, también se contaba la poesía.

Al finalizar esta breve introducción debemos agradecer esta nueva contribución del Museo Gabriela Mistral de Vicuña, que permitirá, sin lugar a dudas, futuras investigaciones de la primera producción literaria de Gabriela Mistral, poniendo al alcance de los estudiosos y del público en general, nuevas fuentes dentro de la dispersa y magnífica obra de la maestra elquina.

Pedro Pablo Zegers Blachet
Licenciado en Literatura

ÍNDICE

EL PERDÓN DE UNA VÍCTIMA _____	15
LA MUERTE DEL POETA _____	18
LAS LÁGRIMAS DE LA HUÉRFANA _____	22
IN MEMORIAM _____	25
EN LA SIESTA DE GRACIELA _____	26
EN EL CAMPO SANTO _____	28
AMOR IMPOSIBLE _____	30
HORAS SOMBRÍAS _____	35
CARTA ÍNTIMA _____	37
CANTO FÚNEBRE _____	40
ESPEJO ROTO _____	42
DE INVIERNO _____	44
FEDERICO SCHILLER _____	46
CREPUSCULAR _____	47
GEMIDOS _____	49
SONRISAS DEL ALBA _____	52
CREPÚSCULOS PASADOS _____	53
SOBRE UNA TUMBA _____	55
DELIRIOS _____	58
1º DE NOVIEMBRE _____	59
JUNTO AL MAR _____	65
DE UN EPISTOLARIO DE MUJER _____	68
FILOSOFÍA _____	70
RECUERDOS _____	71
ÍNTIMAS _____	73
CARTA ÍNTIMA _____	77
DEL PASADO _____	79
RIMAS _____	81
RIMAS _____	82
DESPUÉS DE LA LLUVIA _____	83
UN RECUERDO DE LA QUE FUE JOVITA AGUILAR P. _____	84 ✓

SOBRE UN CENTENARIO _____	87
ENTRE LOS MUERTOS _____	88
VENTAJOSO CANJE _____	90
EVOcando EL TERRUÑO _____	91
POESÍAS ESCOLARES: HIMNO AL ÁRBOL _____	92
TARDE _____	96
A LA SERENA _____	98

EL COQUIMBO

Periódico Radical

Año XXV

La Serena, 1904

Núm 0000

agosto	11	:	EL PERDÓN DE UNA VÍCTIMA
agosto	30	:	LA MUERTE DEL POETA
septiembre	24	:	LAS LÁGRIMAS DE LA HUÉRFANA
septiembre	24	:	IN MEMORIAN (En la tumba de la que fue señora María V. v. de Barraza).
octubre	25	:	EN LA SIESTA DE GRACIELA
noviembre	1º	:	EN EL CAMPO SANTO
diciembre	17	:	AMOR IMPOSIBLE

LECTURA AMENA

EL PERDÓN DE UNA VÍCTIMA

Entre el ramaje del bosque, resaltaba entre el verde de las hojas, el albo traje de una mujer. Sobre el tronco de un árbol estaba sentada, y en su pálida frente sombreada por oscuros rizos, se veía reflejarse claramente esos pesares que marchitan el alma para siempre.

Era joven; sus ojos azules semejaban un retazo de cielo, y al parecer se fijaban en los verdes retoños de los arrayanes.

Mas no era así, la brisa entonando su suave canción, las flores abriendo sus capullos, el arroyo deslizándose entre la suave alfombra de césped no impresionaban su alma; el susurro de las hojas no llegaba a sus oídos, y el aroma de las flores que embalsamaba las brisas no deleitaba su mente en aquella tarde.

Era Esther, la pobre loca de la aldea, aquella linda joven que había sido en un tiempo la alegría de aquella simpática población y el encanto de su hogar, aquel que se divisaba allá a lo lejos rodeado de árboles y de enredaderas, donde la naturaleza ostentaba sus bellezas que habrían llenado de ilusiones la mente de un poeta.

Era ella, que semejaba hoy una de esas flores a que en vano los rayos del sol y las aguas del arroyo quieren darle vida, una de esas flores que ni siquiera se mueven al sople de la brisa.

Pobre joven! en su mirada dulce y vaporosa, donde se adivinaba la grandeza de su alma pura y hermosa como el despertar de un sueño, vagaba una sonrisa amarga, y su corazón, pobre ave, pobre ave que avanza entre las nieblas de una noche tenebrosa, sostenía la existencia de uno de esos seres muertos, pero con una muerte de suplicio que hace de su vida la de un mártir.

Desde aquel día, aquel de su muerte moral, recorría diariamente el bosque propiedad de su padre, el anciano Juan. Cuando él encaminaba sus pasos al bosque, en busca de su hija, iba seguro de hallarla recostada en aquel tronco, y entonces le parecía encontrar semejanza entre ella y esos seres envueltos en el misterio (las hadas), y la tomaba de la mano con los ojos nublados de lágrimas y le decía: «Esther, hija mía, vamos, vuestra madre os aguarda». Y así habían pasado sus días hasta la tarde en que, como de costumbre, la encontramos en el sitio de su predilección.

Lanzó un profundo suspiro, dejó caer pesadamente la cabeza entre sus manos y después sonrió con esa sonrisa propia de los que sufren de enajenación mental; de esa sonrisa de niño en la cual puede leerse todo un poema enlutado de lágrimas y suspiros, de quejas y angustias.

Oyose de repente un ruido como el que produce el paso precipitado de alguien que atraviesa entre las hojas. Esther levantó los ojos y vio un hombre de mirada extraviada que, con paso ligero, se abría camino entre las ramas. Ella, como lo hacía de costumbre, lo miró al mismo tiempo que una carcajada histérica resonaba en su garganta. El joven al oírla buscó el sitio donde Esther se hallaba; pero sintió,

al fijar su mirada en ella, que las fuerzas le faltaban, y cayó exánime en tierra murmurando: «¡Dios mío!»

Esther seguía recorriendo con la vista su redor; el desconocido, con el rostro oculto entre las manos lloraba, empapando las mejillas con su llanto. Enderezó sus ojos a donde la joven estaba; pero vio que ella tenía su mirada fija en él y le pareció que ésta lo quemaba; le pareció oír su voz, que le maldecía. Sintió al mismo tiempo en el bosque un ruido misterioso como que los enormes álamos, testigos de esa escena, se desplomaban sobre él; pero era simplemente el grito de su conciencia que le repetía sin cesar «¡Ahí tienes tu víctima!»

Y entonces se incorporó; llegó hasta los pies de la joven y allí se arrodilló; sus labios secos temblaban por la emoción, pero al fin se entreabrieron para hablar. «Esther, ángel del cielo, exclamó con su voz temblorosa, me conoces».

Ella sonrió nuevamente y el más aterrador silencio siguió a la pregunta del joven «Pobre desdichada, continuó con su voz ahogada por las lágrimas, soy el miserable que amargó tus días, aquel que te calumnió arrojando sobre tu honra pura, un enorme horror; soy yo el asesino de tu vida; los remordimientos, royéndome el corazón, me han llevado proscrito por el mundo encontrando a cada paso sólo la imagen de mi crimen».

«Y aquí estoy, aquí he vuelto siguiendo la corriente de mi destino maldito, envuelto en la ignominia, arrastrando mi existencia miserable sellada con el sello del crimen! Oh! Si supieras, Esther, el peso de mi delito, si comprendieras las horas de remordimiento, si leyeras en mi alma los rayos negros con que llevo escrito en ella tu nombre puro! Mujer, perdóname, tu perdón es lo único que espero en el mundo antes de morir; fui criminal, perdóname os lo ruego; mira que la muerte se acerca con paso presuroso, y meresta [sic] muy poco antes que me ahogue entre sus brazos. Esther! Yo sé que mi crimen, mi calumnia te hizo infeliz, yo sé que desde entonces estás muerta en vida, pero cree que aún en mis sueños no he encontrado reposo; créeme que al atravesar los montes y los árboles éstos me ha parecido que me hablan y que me llaman ¡asesino! El pan de mis días ha sido muy amargo, más que el tuyo porque ha sido devorado en mis horas de atroz angustia!!»

Tomó aliento y entonces, juntando sus manos en un momento de desesperación, gritó loco en medio de su martirio:

-¡Vuelve en ti, Esther, dame tu perdón, mira que voy a morir, yo te lo pido en el nombre del cielo!!

La joven lanzó un inmenso suspiro, el llanto volvió después de dos años a empapar sus mejillas pálidas, como de una muerta.

El continuó:

-¿Recuerdas quién soy? ¿Recuerdas que te calumnié de la manera más miserable? Lo recuerdas?

-Sí... murmuró ella dulcemente, tú eres Gabriel y te perdono, que el cielo te perdone también!

-Gracias, Dios mío, exclamó el joven y dirigiéndose a ella prosiguió:

-Sí... perdóname porque estos labios que te imploran, éstos que debieron quemarse al proferir una calumnia ruin, tremenda, ya mañana estarán yertos.

-Sí... volvió a decir ella, te perdono pobre hijo del crimen, vete, y vive con la vida que me arrebataste...

Pero al terminar Esther vio que Gabriel había rodado sobre la yerba y que no se movía, se acercó a él y lo miró; pero horror! Ya era cadáver!

Esperaba el perdón de su víctima y había muerto!!!

Entre los cipreses del cementerio de la aldea una cruz blanca se ve: arrodillada en esa tumba está una mujer.

Es la tumba de Gabriel; la mujer es Esther, la pobre loca, vuelta a la razón, allí está orando por aquel que amargó sus días con la más enorme de las calumnias...

Es Esther, la víctima que ha perdonado... porque el perdón es hijo de las almas nobles...

L. GODOY A.

La Serena, 10 de agosto de 1904.

LA MUERTE DEL POETA

«El hombre es un árbol
al que falta la
savia antes de
hallarse en flor, su
destino no se cumple
nunca sino al lado de
la desgracia».

VÍCTOR HUGO

Edith se sorprendió al ver tendido sobre la yerba a aquel hermoso joven, detuvo su paso y al fijar su mirada en el rostro de éste vio la intensa amargura que en él se retrataba, amargura unida a la dulzura que caracteriza a los mártires, a los que sufren. Él la miró también, su mirada era serena. Al ver la sorpresa de la joven, le dijo con voz dulce y temblorosa:

-¿Os he causado miedo, linda joven?

El rubor coloreó las mejillas de Edith; en aquel momento de hermosa llegó a seductora, una leve sonrisa que manifestaba su turbación acompañó a sus frases. Sí...nunca había encontrado en estos caminos a ningún desconocido.

-Perdonadme entonces, replicó el joven, mi destino me ha traído desde lejos países a buscar mi tumba en medio de estos campos que no me arrojarán de sus dominios como aquel mundo cruel que me ha arrojado de su seno.

Edith tembló. Parecíale que era presa de un sueño, encontraba un desconocido lleno de vida que le decía que buscaba su tumba.

¿Estará loco?

Heberto comprendió lo que pasaba en ella y se apresuró a interrumpir sus pensamientos.

-No temáis, le dijo, soy un poeta que vengo a morir lejos de mi suelo natal después de haber visto marchitarse mis ilusiones, nublarse el cielo de mi dicha.

Su voz ya no temblaba, ya el cielo le enviaba lo que quería: un ser que escuchara sus palabras y que orase junto a su cadáver cuando muriera, y veía ante él un ángel que como una aparición se le presentaba en aquellos momentos supremos en que todos le abandonaban.

-Puedo servir en algo, preguntó la joven, decidme que sentís, porqué creéis que váis a morir?

-Porque el sol de mi vida se pierde en el ocaso, porque sus rayos me niegan su luz y me veo rodeado de nieblas, porque mi hado fatal me ha traído hasta aquí y he oído que me dice:

«Morirás donde ningún ser amigo derrame una lágrima por ti; eres poeta y tu destino fue cantar para llorar eternamente».

Edith se enterneció; las palabras del poeta llegaban hasta su alma y mientras él hablaba con calma, ella sentía estremecerse su corazón por el pesar.

-No amigo mío, le interrumpió, esas lágrimas que tus amigos no derramarán por ti las verteré yo, en mis plegarias rogaré por ti porque veo que eres noble y sufres.

-Gracias ¡Dios mío! murmuró él y dirigiéndose a ella le dijo:

-Veo en ti un ángel en vez de mujer, tú eres pura y hermosa como el reflejo de la reina de la noche, ¡oh! Cómo hubieses iluminado mi sendero si mi destino no me hubiese hecho infeliz! Quiero confiarte el secreto de mi vida, que habría muerto conmigo si el cielo no te hubiera puesto en el término de mi camino; escúchame, me consolarás siquiera después de saber lo que he sufrido y tus palabras dulcificarán mis pesares bajo cuyo peso voy a morir; ellas, las únicas que en mi vida reciba me acompañarán al sepulcro y como son nacidas de un alma pura caerán en mi alma como un rocío celestial.

-Sí; continuó Edith, cuéntame el motivo de tus sufrimientos, yo seré tu amiga, arrancaré las flores que tapizan mi sendero y cubriré con ellas el tuyo así serás feliz...

Pero Heberto sonrió. La generosidad de Edith le hubiera hecho dichoso, pero era tarde, muy tarde, el rocío de la mañana jamás vuelve a la vida a las flores secas, el corazón muere para no vivir más, la cuerda de la dicha se rompe para jamás vibrar:

-«Fui poeta, comenzó Heberto, desde niño sentí nacer en mi alma la santa inspiración que hace cantar a todo lo sublime y noble, mis ensueños, más hermosos que el color de los pétalos de las rosas, vagaron por el mundo en busca de un ideal creyendo que aquel no encerraba tanta perfidia. Mi alma joven empezó a vivir con una vida que fascinaba y entonces ¡pobre incauto de mí! me creí en el colmo de la felicidad. Corrí loco por el mundo, mis sueños color de púrpura, mis ilusiones risueñas y mis delirios queridos guardados en el corazón; la vida me pareció un sueño que se deslizó en mi mente suave como se desliza en el espacio la luna. Mis versos fueron coronados por el laurel del triunfo y me vi rodeado de gloria. ¡Infeliz insensato, el fantasma del engaño me ocultó entre sus brazos y allí ¡Dios mío! Desperté de aquel sueño y me encontré ¡horror! Solo en el mundo! Quise volver a la vida que había adorado, miré hacia atrás, y sólo vi tinieblas, busqué los ideales de mi vida y en su lugar vi los espectros del desengaño que se burlaban de mí; busqué mis ilusiones, pero se habían ido a habitar en el corazón de otro incauto, y entonces indignado por tanta ignominia, fui a buscar mi lira para llorar mi sin igual dolor y ¡cielo santo! ya ella no vibraba, estaba rota!»

«Y desde entonces huí desde allá, de mi hogar, a ocultar mi fe burlada en un rincón del mundo, a descansar bajo un sepulcro sin pensar que tal vez ni esto tendría...Pero ahora, al contemplar las flores que alzan sus cálices a mi alrededor regadas por el rocío, me he consolado, y he pensado que ella, cuando la brisa azote sus corolas entonarán una fúnebre canción a mi memoria y las gotas de rocío serán las lágrimas que bañen mi rostro».

«Pero antes de morir, una aparición celestial se ha cruzado en mi camino y ella me dará un sepulcro, a los pies de un ciprés y allí orará por aquel poeta moribundo que le confió los secretos de su vida».

-No será así? preguntó a Edith con los ojos bañados de lágrimas. Pero al mirarla vio que ella también lloraba, vio que sus lágrimas caían unas tras otras resbalando por sus mejillas sonrosadas y entonces sin tener aún respuesta de ella, la volvió a interrogar:

-Sufres por mí, lloras porque ves que voy a morir? y como si a su mente acudiera un recuerdo continuó ¿ángel hermoso dime cómo os llamáis?

-Me llamo Edith y te pido, por lo más sagrado que tengas en el mundo, que trates de vivir, que alejes los pesares de tu alma porque ellos también hieren mi corazón.

-Y dime tú ¿cómo te llamas?

-Yo me llamo Heberto.

-Heberto, prosiguió ella, mira qué hermoso está el prado cubierto de césped y dando realce a su hermosura las rosas y los juncos que se mecen blandamente, mira las nubes juguetonas que se deslizan y llegan hasta las cumbres de los montes, ¿no te inspira amor? No ves que el sol que, hundiéndose allá entre los picos de las montañas, se despide de estos campos y de ti también. Heberto vive, eres muy joven aún, tú que has sido soñador, poeta, no dejes que la pena te consuma, yo iluminaré tu sendero y si te falta vida también te la daré, olvida el pasado y despreciando ese mundo bullicioso lleno de infamia y de alevosía, vivirás aquí olvidado de todos, pero feliz.

-Edith, dijo él, quisiera haberos conocido dos años antes, mi vida habría tomado otro rumbo y yo otro camino; todo lo encuentro engañoso y vil menos tú; me pareces un ángel que has venido a alumbrarme en la oscuridad de la noche de la fatalidad y de la desgracia, quisiera vivir, pero es imposible es demasiado tarde, no me inspiran esas nubes porque me recuerdan a mis ilusiones fugitivas que como ellas se alejan, dejándome solo sin más ambición que el sepulcro.

No me inspira el rey de los astros porque mi existencia se hunde como él hasta llegar al ocaso de la vida. -Este es mi triste fin hoy sólo me inspiras tú porque encierras todo lo que puede llamarse sublime, eres pura como el color de la azucena, hermosa como una virgen, pero no puedo dedicarte mis cantos, porque sólo el llanto engendra mi alma. Voy a morir, Edith, sólo un favor te pido y es que «en mi tumba plantes las flores inmortales del recuerdo y las riegues con tus puras lágrimas y después rezarás por mí, y ten seguro que aun muerto, mis oídos acogerán tus palabras y mis labios tu llanto».

No maldigo al mundo que me engañó, la maldición sólo es propia de los miserables y no cabe en los labios del poeta.

Cerró los ojos, inclinó la cabeza, sintió un estremecimiento, pero hizo un esfuerzo supremo y habló: «Edith, voy a morir, acompáñame hasta mis últimos momentos.

«Heberto, gritó ella, presa de un dolor intenso, despídetes de mí; quiero que me cantes; no me lo niegues».

Sí, balbuceó él, me cantaré y mi vida se irá con las notas de mi canción y con voz ahogada cantó:

Voy a morir, mi corazón marchito,
No puede ni cantar sus amarguras;
Y entre las sombras de una noche oscura
Se pierde del dolor mi agudo grito.
¡Adiós ingratas ilusiones mías,
Dulces ensueños que forjó mi mente;
El destino me arrastra con su corriente
Hasta ocultarme bajo la losa fría!

Y no puede continuar, las fuerzas le faltaron, miró por última vez a Edith y murmuró con voz apenas perceptible «No olvidéis, orad por este desgraciado y dadle una tumba.»

Allá a lo lejos entre los rosales del campo un ángel está orando, su túnica es blanca como la nieve.

Es el ángel protector de los poetas, de los soñadores.

Al hundirse el Sol en el ocaso, Edith junto con él se arrodillan en aquel sitio donde yacen los restos de aquel poeta desgraciado que se llamaba Heriberto...

¡Y allí brotan las flores más hermosas que tributan homenaje a aquel que les dio sus cantos y las brisas entonan una fúnebre canción a su memoria!!!

LUCILA GODOY A.

La Serena, agosto 30 de 1904.

LECTURA AMENA

LAS LÁGRIMAS DE LA HUÉRFANA

La noche empezaba a cubrir la tierra con sus tinieblas. Cerca de la alameda del parque se oyó un sollozo cuyo eco se esparció entre los árboles. Reinaba un silencio sepulcral turbado sólo por el ruido del viento que silbaba al pasar por el bosque y el graznido que el agua producía al caer entre las hojas.

Todo dormía...la flor había cerrado su capullo, el ave había buscado refugio en su nido, el cielo parecía de plomo y aquellos sitios presentaban en esos momentos un aspecto aterrador.

Entre la oscuridad distinguíase bajo el follaje de los árboles la silueta de una mujer arrodillada. Estaba envuelta en un negro manto y se percibía apenas la oración que rezaba mientras sus manos se elevaban al cielo pidiendo quizás clemencia a aquel que hace huir las tempestades de la tierra y del espíritu.

Al recitar su plegaria las frases se ahogaban por el llanto que a raudales brotaba de sus ojos. Era aquel llanto amargo que se vierte cuando la amargura exprime el corazón, aquel compañero íntimo de los desgraciados, que, más puro aún que el rocío que vive en el cáliz de las flores, riega sin cesar el camino de la vida haciendo brotar las flores inmortales de la virtud.

Aquella misteriosa huésped de esos desolados sitios, protegida por el ramaje que en algo la preservaba de la lluvia, se estremecía al más leve ruido, levantaba sus ojos, miraba sobresaltada a su redor para volver a doblar la cabeza agobiada por el peso del dolor.

La infeliz veía vagar ante sí horribles fantasmas que se acercaban a ella en actitud amenazante. Sentía horribles carcajadas a su redor, y los árboles cuyas figuras se destacaban junto a ella, le parecía que eran testigos de su dolor, y la lluvia seguía cayendo incesantemente. De los montes vecinos enormes torrentes bajaban produciendo un ruido atronador, y Consuelo al oírlo gritaba desesperada: ¡Madre mía, salvadme!

En su mente, las ideas en tropel desordenado sin poder coordinarse, sostenían una lucha terrible que también empezaba en su corazón. Las sombras de esa noche eran aún más claras que las que cubrían su alma, la lluvia al rodar por las hojas, no producía el efecto de su llanto al rodar por sus mejillas. Era joven y hermosa, el negro de sus ojos resaltaba en la palidez de su rostro, su cabellera de ébano caía graciosamente sobre los pliegues de su manto, sus labios contraídos por la emoción eran rojos como la flor del granado.

Vestía de luto, y su traje empezaba a empaparse, y el hielo de la noche hacía estremecer de frío sus miembros. Prorrumpía en continuos sollozos que nadie escuchaba, sólo la noche, esa eterna protectora de los que sufren en silencio envolviendo su llanto entre los misterios.

¿Qué hacer? Dijo de repente, estoy cansada la cabaña de aquella mujer que conocía hoy dista mucho de aquí y la lluvia me mojaría completamente.

Y hace un día ¡Dios mío! Que no pruebo alimento, un día durante el cual he deseado devorar un pan!

Madre mía! porqué me dejaste aquí luchando con un mundo que os hizo su víctima y en cuya lucha voy a morir. No tengo un hogar bajo cuya sombra reposar, no tengo un ser amigo que me sirva de amparo; estoy sola y huérfana en el mundo. Yo quiero morir, porque la muerte es la única esperanza de los desgraciados; morir, porque la vida se me presenta bajo un aspecto horroroso; quiero morir y llegar adonde está mi madre y contarle mis angustias.

Primero la muerte que la deshonra, os dije en aquellos instantes supremos en que te despediste de mí, madre mía, y así lo haré, os lo juro; moriré envuelta en la miseria que me rodea, pero jamás el crimen cabrá en mi pecho. Hogar, hogar adorado que me viste nacer, me arrojaron de tu seno y errante voy por el mundo sin más consuelo que mi infortunio.

Suelo natal, donde junto a mi madre se deslizó mi vida dulce y hermosa, jamás volveré a ti, huérfana y sola seguiré caminando hasta que, cumplido mi destino, halle en la tumba el final de mis pesares.

¡Dios mío! Ilumina mi mente y tras las sombras del dolor que me mata, alumbradme con la luz de la razón!!

Reflexionó un instante, y tomando una resolución, se puso en marcha.

En la puerta del Teatro de la ciudad de...arrebujada en su manto está una mujer: aguarda la salida de la ópera para pedir limosna. Es la pobre huérfana Consuelo extenuada por el frío, yertos sus miembros, sólo la alienta la esperanza. Enorme concurrencia ha asistido a la ópera aquella noche. Entre confusos grupos de aristocráticas damas y magnates, una mano descarnada se levanta implorando caridad; se acerca una elegante dama, y Consuelo le dice: «Soy huérfana y os pido una limosna en el nombre del cielo.»

La dama se detuvo, levantó el manto que caía sobre la cabeza de la mendiga, su belleza la deslumbró, pero una funesta y odiosa idea ofuscó su mente y alejándose dijo: «Eres bella y joven, no es de dudarlo...Adiós! Terminó sonriendo.

Un grito de desesperación salió de los labios de Consuelo, todo el tumulto desapareció y el reloj de la iglesia dio 12 campanadas: el silencio más profundo quedó.

Turbada por un terrible sueño, la dama no pudo dormir aquella noche, veía ante sí a la pobre huérfana que la maldecía y expiraba en una triste agonía. Apenas el alba anunció el día, abandonó el suntuoso palacio que le servía de morada y se encaminó hasta llegar a la ancha y poblada calle del Teatro de la Opera.

Una enorme capa de nieve cubría el suelo. Con paso ligero la dama llegó hasta la puerta en donde Consuelo había implorado caridad; medio oculto por la nieve el cadáver de la infortunada huérfana yacía en aquel sitio; levantó el manto que aún la cubría y vio el damacrado rostro de la mendiga que, loca de desesperación y muerta de frío, le había pedido ahogada en llanto una limosna.

Sin poder andar, la sorprendió la nevada que le sirvió de sepulcro y por eso la altiva y orgullosa señora, vio en sus sueños, ese fantasma que la maldecía.

Cuentan las tradiciones que, al dar el reloj de la iglesia vecina las 12 de la noche, una mujer cubierta con un manto solloza a la salida del Teatro, y el eco de una maldición turba el silencio de la noche. Se dice que ese fantasma es Consuelo que

viene a recoger las lágrimas últimas de su vida que vertió allí al implorar la caridad.

Y las lágrimas de la pobre huérfana, que descansa al lado de su madre, se elevan desde esta mísera tierra y claman venganza, mientras que los dardos del remordimiento hieren el alma de la déspota señora que creyó ver una ruin mujer en la infeliz joven que había jurado preferir la muerte antes que la deshonra.

LUCILA GODOY A.

La Serena, septiembre 24 de 1904.

IN MEMORIAN

(En la tumba de la que fue señora María V. v. de Barraza)

La cruel e inexorable Parca ha cortado el hilo de una existencia querida, dejando anegado en llanto y enlutado por el duelo el hogar en donde fue cariñosa madre y digna señora.

Nada hacía presagiar la terrible desgracia que cernía sus negras alas allí donde la paz y la alegría reinaban. Ha muerto; ha llegado el término fatal; bajo los cipreses del cementerio duerme el eterno sueño, que abre a los seres las puertas de la eternidad!

Fue una madre tierna y bondadosa, que guió por el mundo el paso de sus hijas, que no encuentran consuelo a su dolor; fue de aquellos seres que llevan la sonrisa en los labios al atravesar la senda cubierta de abrojos de la vida. ¿Quién no la conoció que hoy no lamente su muerte? Ha muerto como muere el Sol en el ocaso, iluminando, al hundirse, con sus rayos las nevadas cumbres de los montes.

Qué triste es atravesar el mundo como una nube cruza en el cielo azul, y desaparecer, allá a lo lejos, después de haber bañado con su lluvia los cálices de las flores! Caminar por el mundo apartando las espinas que cubren su camino y caer en una tumba herida por el rayo de la muerte!

Todo es mezquino y miserable ante ella. ¡Quién no se prosterna ante un féretro que encierra los restos de un ser querido, que ya no tiene vida!

La muerte, que es la única verdad que el mundo guarda en sí, arrebató los seres cuya existencia es tan preciosa en la tierra y los lleva a habitar a esas regiones desconocidas que cubre el denso velo del misterio! Hay desgracias que se presienten y esperan con la resignación en el alma, pero ante una inesperada y rápida no hay alma que no sucumba, ni corazón que no se rinda.

Ya ha muerto ... ha desaparecido del escenario de la vida, pero su recuerdo jamás morirá: será como una antorcha que alumbra por el mundo el paso de sus hijas, como el faro de salvación que ilumina las borrascas de este mar tempestuoso, como una suave y pura esencia que al aspirarla cicatriza la herida que el dolor ha dejado en el corazón. Ya, en la mañana, su nombre sólo acudirá a los labios de los mortales para dedicar una plegaria a su memoria: pasó como pasan las brisas en un día de verano, dejando en la frente de todos un beso fresco y puro.

Duerma en paz, su recuerdo sagrado guardado en el corazón de quienes la conocieron: nada perturbará el silencio allá, en la losa fría que oculta sus restos; sólo el eco triste de las quejas y gemidos de los que vayan a bañarla con sus lágrimas.

LUCILA GODOY A.

La Serena, 22 de septiembre de 1904

LECTURA AMENA

EN LA SIESTA DE GRACIELA

Dejadla así que hermosa se está mostrando
Allí su frente pálida y sombría,
Bajo el albo pañal que está velando
Su tranquilo dormir del mediodía!

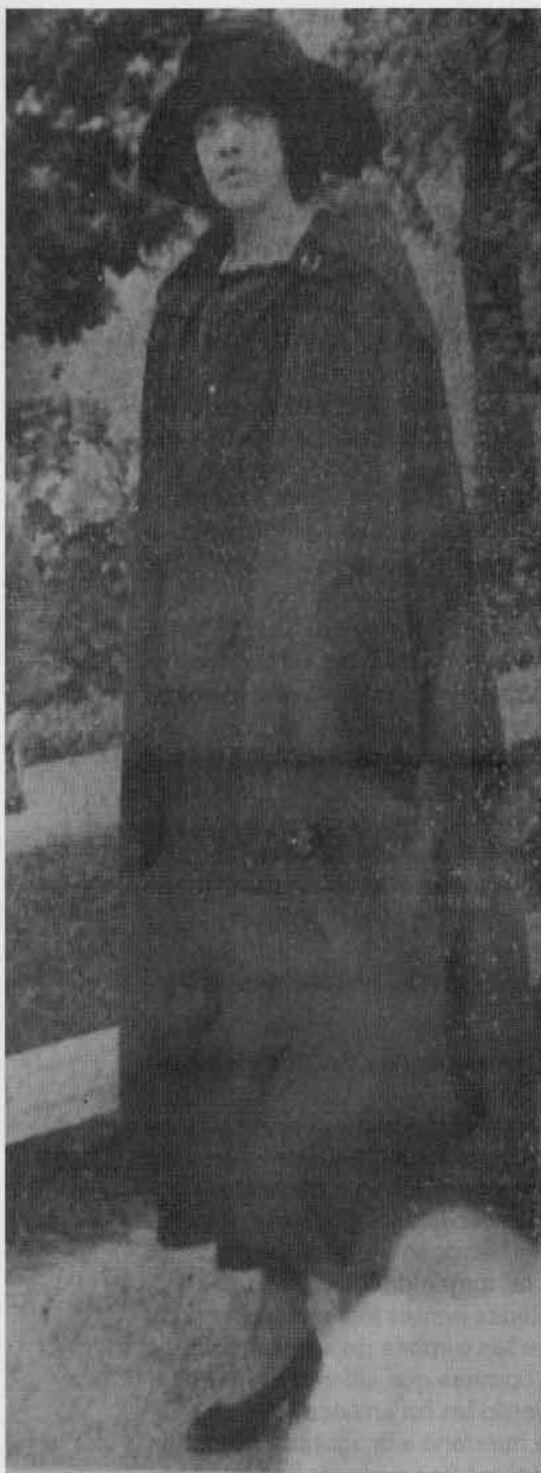
Cuán dulce y pura es la sonrisa leve
Que entreabre esos labios sonrosados,
Con qué gracia en su sien como la nieve
Caen sus rizos bellos y dorados!

El fresco aliento de su boca amada,
Mil veces lo he aspirado como anhelo,
Porque llega hasta mi alma desolada
Y de ella ahuyente la amargura, el duelo.

¡Edad feliz, cuyos recuerdos santos
se evocan y el pesar luego lo calman,
Y consuelan después en el quebranto
Cuando el dolor ha marchitado el alma!

¿Quién ver podrá allá en su hermosa frente
El porvenir que a su destino espera?
¿Quién sabrá los mil sueños de su mente
Cuando sonrío dulce y hechicera?

¡Misterios y caprichos del destino,
quien comprendiera vuestro oculto arcano!
¿Por qué hoy sembráis la dicha en el camino
Y mañana el pesar nos dáis tirano?



¿Por qué las flores y dorados sueños,
Que en la infancia rodean la existencia
Los arrancáis después, ingrato dueño,
Y nos dáis el dolor por sola herencia?

Tal vez mañana aquella frente pura,
Alba como la flor de la azucena,
Halle el tenaz sufrir y la amargura
Reemplace a la alegría que hoy la llena!

Por eso es que hoy, cuando este beso puro
He venido a dejar sobre tu frente,
Pienso en tu porvenir si será oscuro
O claro cual las aguas de una fuente!

Oh! qué feliz seré si, en la mañana,
Cuando ya el tiempo mi existir aminore
Tú calmas el pesar que mi alma emana
Y el llanto enjugas cuando triste llore!

Seré feliz cual la marchita planta
Que a su lado una nueva ve que crece
Que le da vida y savia que le falta
Hasta el momento cruel en que perece!!

LÚCILA GODOY A.

Serena, octubre 22 de 1904

Graciela Molina Barraza
sobrina de Gabriela Mistral.

Colección particular Sra. Isolina Barraza de Estay

COLABORACIÓN

EN EL CAMPO SANTO

Din, dan, don: se oye el eco de las campanas tocando a muerto. ¡Cuán lúgubres son sus gemidos en este día!

Helada como la losa funeraria es la brisa que pasa por el follaje de los cipreses del cementerio; ardientes y argentados los rayos del Rey del Día que alumbran las losas de las tumbas, mostrando el nombre de aquellos cuyos restos ocultan. Un silencio aterrador y profundo reina allí donde las aves no entonan sus trinos y donde todo tiene el aspecto lúgubre y sombrío de la muerte que allí cierne sus alas y cuyos espectros horribles vagan en él sin cesar reflejando su imagen fatídica en todos los espíritus.

Como tiene la fiera su oculta y solitaria guarida, adonde lleva sus víctimas, la muerte, ese monstruo cuyo nombre sólo aterra, tiene en el campo santo el lugar apartado en donde yacen sus víctimas humanas

Lejos del mundo se halla para que el silencio, el eterno compañero de la muerte, lo custodie; apartado de todo para que el recuerdo de ella no turbe nuestra imaginación, para que el olvido, ese hijo adulterado de la ingratitud, vele el sueño de todos los que en él duermen.

¿Por qué el alma se entristece cuando estamos en un cementerio? ¿Por qué el corazón se sobresalta y por la mente cruzan horribles ideas?

Porque la muerte contagia nuestro ser, y el pensamiento se fija en ella haciéndonos estremecer. Así como en las límpidas aguas de un lago cristalino se destaca la figura del bote pescador, así en el campo santo se refleja la sombra de la muerte, y como el viento encrespa las aguas, así su recuerdo conmueve y agita el corazón!!

Se oye un ruido sordo, y a lo lejos se ve un inmenso gentío. Son los visitantes que vienen al cementerio porque es el día de los muertos.

El eco apenas percibido de una oración se oye; y poco a poco se acerca hasta que se abren las puertas del cementerio y todos penetran en él. Llegan hasta las tumbas y se arrodillan; dolorosos gemidos se arrancan del pecho escapándose por los labios en donde se confunden con las preces que recitan. El astro rey ilumina claramente con su luz bienhechora el cuadro, triste y hermoso a la par, que presenta aquel lugar donde se encierra toda la historia de la humanidad!!

Allí están jóvenes, ancianos y niños con sus pálidas frentes inclinadas y con los rostros surcados de llanto. Han venido a dejar en las tumbas de sus deudos dos homenajes de recuerdo: las blancas flores de las coronas que allí van a marchitar sus pétalos y el puro llanto que un doloroso recuerdo les ha arrancado.

Allí está la viuda llorando al amante esposo, la huérfana a la adorada madre, la joven al hermano o al amigo, ¡oh! Si el llanto tuviera el mágico poder de hacer revivir,

cómo abandonarán los muertos el oscuro ataúd que los encierra!!

Los seres vivientes reunidos allí oran sobre la losa que guarda los restos del que pasó por el escenario de la vida, del que fue personaje de ese drama misterioso que se llama la existencia y que termina allí su fatal desenlace en los cipreses del cementerio ... en donde se ve grabada con letras de fuego que nada extingue aquella palabra tenebrosa que encierra todo el triste poema de la vida humana: ¡muerte!

Pero allá, en un rincón del cementerio, se divisa una losa en la que nadie ha depositado una flor, ni derramado una lágrima. Debe ser la tumba de alguno de esos seres que se llaman desamparados, y que cruzan en las sombras de la muerte tan solos como en la áspera senda de sus tristes vidas: Porque la humanidad, todo avaricia e interés mezquino, sólo llora cuando sus lágrimas son compradas por el Dios oro!!

Por eso las secas hojas de los cipreses caen allí, demostrando en el verde oscuro de que visten, la orfandad y el olvido cuyos horribles fantasmas velan la fosa solitaria.

Ya las tinieblas de la noche empiezan a oscurecerlo todo. Uno a uno los tristes visitantes del cementerio se alejan de él y queda solo como antes resaltando en la oscuridad el blanco de las losas de los fríos sepulcros.

Todo duerme en paz; ya expira ese día triste y lúgubre, el 1^o de noviembre; el último son de la campana se escucha, mientras las brisas nocturnas gimen al pasar por los árboles en la mansión de los muertos

Seguid allí descansando, vosotros que pasasteis por el mundo, que fuisteis viajeros de la vida; seguid allí durmiendo donde esperan las fosas con su horrible boca, un nuevo cuerpo inerte, un nuevo ser sin vida! Pasen así los años, los viejos cipreses sigan cubriéndonos con sus sombras aterradoras, y vosotros seguid allí en el silencio profundo, contemplando el placer mentido y vano del bullicioso mundo que os olvida, y de cuyos goces se burla la muerte, cuya sarcástica carcajada, hace estremecer desde el monte hasta el valle, desde la ciudad hasta la aldea!!

LUCILA GODOY A.

La Serena, noviembre 1^o de 1904

LECTURA AMENA

AMOR IMPOSIBLE

«Es imposible, murmuraba Exequiel: ella pura como los ensueños de una virgen, es incapaz de cometer un crimen tan horrible, un delito tan horrendo, cuyo pensamiento sólo me hace estremecer».

Aquel hombre, de mirada dulce y dolorosa, había recibido un golpe tremendo en la fibra más delicada de su corazón de esposo amante; sólo unas cuantas frases escritas por una infame mujer, habían bastado para abrir un abismo entre él y la pobre Lidia, su joven y candorosa esposa.

En una mano estrujaba aquel papel maldito, que ese día había recibido; tenía ahí sobre la mesa en que se apoyaba el arma que él quería le arrancara la vida, dejando así la desolación y el llanto en el tranquilo hogar, testigo de la dicha no perturbada de que disfrutara aquel matrimonio.

Si Exequiel, el hombre desesperado, hablaba solo como lo hiciera un idiota, era porque la paz de su espíritu y su felicidad había sido destruida en pocas horas por una terrible carta que arrojaba sobre la honra de Lidia, un negro borrón. Aquella delación, escrita por mano criminal, era la que contenía el papel que el desventurado esposo arrugaba en sus manos con opresión nerviosa, y que decía así:

«Mi buen Exequiel: Perdóname que rompa el lazo de cariño que te une a su esposa. Sólo por mí puedes saber esta verdad tan amarga; pero que es forzoso que no la ignores, para que así castigues a la ruin culpable que se burla de tu buena fe.

Hasta hoy has creído a Lidia una santa mujer; ignorante de su falta sólo has sido un esposo modelo; pero ella, indigna de un hombre igual, ha manchado tu honra y ha profanado la felicidad del matrimonio violando así el juramento hecho ante Dios. Increíble parecerá todo lo que has leído, pero ¿qué sino el deseo de que no estés ignorante puede guiarme al hacer esta declaración?

Yo, durante el tiempo que he vivido en tu casa he profesado a Lidia un cariño de hermana, y él es el que me induce a comunicártelo todo, como el único faro de salvación para ella.

En el jardín tienen lugar las citas de Lidia con tu indigno rival, que es un apuesto joven extranjero que ha empleado para engañarla sus mejores armas: la astucia y la perfidia.

Ahora pues, Exequiel, que todo lo sabes, puedes determinar el castigo que corresponde al crimen enorme de la esposa infiel; sólo te ruego guardes el secreto de esta confidencia y no se lo descubras a Lidia. -Tu amiga sincera- Raquel»

Ahora bien ¿tenía razón el pobre hombre para estar medio loco con semejante denuncia? Él, cuyo amor por Lidia rayaba en adoración, había recibido aquel golpe recio como una bala que le atravesara el corazón. Todo terminaba para su infortunada existencia desde aquel momento; la vida le parecía mezquina y detestable; ella había sido su ángel de consuelo y ahora después de descubierta su deshonor, sólo le restaba morir.

¿Quién era la autora de aquella carta maldita?

Era Raquel, la amiga inseparable de Lidia, la que, criada al lado de ella cuando niña, la acompañaba aún, después de su matrimonio con el honrado y amante Exequiel.

¿Podría entonces desconfiarse de la veracidad de las palabras de ella que amaba a Lidia, y deseaba sólo su dicha? Abierta ya la enorme barrera que separaba el término fatal; después de la comedia horrible estaba el desenlace, así al menos lo esperaba aquella mujer causante de todo aquello.

El pálido rostro de Exequiel estaba surcado de llanto ¡pobre hombre! La muerte le habría sido menos amarga que esos instantes de atormentadora duda y terrible ansiedad.

-¡Dios mío! Exclamó de repente con los ojos fijos en el suelo, ¿por qué atormentas las horas de mi vida de esta manera?

Lidia! Yo he sido para ti el esclavo de tus caprichos, yo que a costa de mi propia existencia te diera la dicha ¿por qué me has correspondido así? Convencido de la aterradora realidad, se me presenta un porvenir oscuro y sombrío; tú eras mi esperanza, mi idolatría, mi divinidad, y al perderte la muerte calmará mi angustia.

Sí, voy a morir dentro de pocos instantes, voy a morir sin que tus labios se posen por vez última en mi frente, porque el beso de ellos está maldito y manchado por el crimen!! Voy a morir sin que mi agonía sea calmada por tus tiernas frases porque con ellas no se ha de deleitar el marido fiel de la infame traidora. Ah! Cómo te guardaba a la esencia de un amor sublime e ideal en el santuario del corazón, y ella ha sido cambiarla súbitamente por el veneno de un rencor eterno que no arrancará la muerte en la que voy a buscar un alivio.

Yo que te adoré con un amor loco e insensato, te odio ahora con un odio sobrenatural; pero como voy a morir, espero allá en las regiones de lo ignorado donde te preguntaré, pérfida esposa, mujer sin corazón, qué has hecho de mi fe y de mi vida? Gruesas gotas de sudor brotaban de la frente de aquel infeliz. Había en su rostro al hablar, así un conjunto de amor y de odio, de dulzura y de angustia: era el cruel desengaño recibido que le roía el corazón, profundizando en él una enorme herida que reflejaban el triste mirar de sus ojos y la amarga contracción de sus labios.

Todas sus ideas se resumían en lo mismo, en la conducta de su mujer, cuya indignidad comparaba con la ternura con que él había sabido amarla. Entonces no vio un consuelo ni una sola esperanza; pensó sólo en morir y abandonar a la infame causante de su desventura con cuya idea se había encerrado en aquel aposento donde pensaba poner fin a sus días. Iba a ser suicida; pero esto le parecía menos que la vergüenza de adorar a una mujer que así había correspondido a su amor.

-Moriré, dijo entonces levantando la cabeza, moriré, le dejaré escrita una carta; y el peor castigo a su ruindad serán los atroces remordimientos que vivan en su menguada conciencia, si es que aún conserve un algo de ella. Podrá entregarse a su crimen odioso después que muera, pero ya entonces no llegará hasta la deshonra de ella. Entonces cogió con un movimiento automático el arma que iba arrancarle la vida, la arregló cuidadosamente después de lo cual lanzó un hondo suspiro. Infeliz! Pensaba en aquellos instantes supremos en Lidia, su adorada mujer y la idea que al principio cruzara por su mente volvió a animarle.

Y fue como un faro en una noche de tempestad, como un sople de brisa en un día de verano...

Si fuera inocente, dijo entonces, si a pesar de todo me hubieran engañado!

En aquel instante una puerta del cuarto se abrió y por ella penetró una mujer joven y hermosa, que anegada en llanto se arrojó en los brazos de Exequiel...Era Lidia, la esposa infiel!!!

-Esposo mío, gritó, fuera de sí, al ver el arma criminal, ¿qué vas a hacer, o es que has creído aquella calumnia?

Y entonces el hombre desesperado al ver la dulzura del rostro de Lidia y su llanto todo lo olvidó. Pensó sólo en su inocencia y en su dicha.

-Mira, continuó ésta, Raquel ha muerto envenenada, la infeliz se ha suicidado no pudiendo resistir el grito de su conciencia que le decía: Tú has calumniado a tu amiga inocente.

Entre los estertores de la agonía me lo ha constatado, me ha confesado el secreto que guardaba en su corazón y que la mataba.

Ella te amaba desde antes que fueras mi esposo, nuestro matrimonio fue para ella una muerte moral que mató las esperanzas que abrigaba su intenso e ideal amor; entonces sólo vio una solución para ella, el que yo muriera. Ella que me amaba como una hermana, llegó hasta ser infame, calumniadora y acusarme villanamente a ti. Comprendió demasiado que tú para castigarme me matarías; pobre amiga mía, de que manera se labró su desgracia! Cuando hubo comprendido todo el peso de su delito, se desesperó y resolvió matarse y se envenenó.

Pobre Raquel, perdónala Exequiel, mira que fue una desgraciada siendo testigo de nuestra dicha; ella era buena, su amor la trastornó hasta hacerla criminal.

Era, Lidia la mujer calumniada, la que hablaba así, ella cuya abnegación llegaba hasta borrar el delito de su amiga, y pedir perdón para ella a su esposo. Lidia la amiga, y la esposa noble...

Y ahora continuó, vamos, esposo mío a orar para que Dios la perdone también.

Exequiel había escuchado este triste relato medio petrificado por el asombro. Cuando ella hubo terminado, la estrechó en sus brazos murmurando: La perdono a Raquel, pero perdóname también, amor mío, que haya dudado de ti; Dios mío perdóname que haya creído culpable a la mujer más digna, el ángel más perfecto...

Oscila la luz de los cirios que alumbran el cadáver de la infortunada Raquel. Entre el negro de su fúnebre sayal brilla el cristal de una lágrima que allí dejaron Lidia y Exequiel perdonándola. En los lívidos y yertos labios de la muerta parece vagar una sonrisa desde que sus víctimas dijeron junto a ella: Te perdonamos.

Y aquellos dos, seres felices como antes, recuerdan con amor y respeto a la infeliz que había buscado en el veneno la muerte como único alivio del pesar que laceraba su corazón en el que había albergado un amor puro y sublime, pero imposible, que le había hecho desgraciada!!!

LUCILA GODOY A.

La Compañía, diciembre de 1904

EL COQUIMBO

Periódico Radical

Año XXVI

La Serena, 1905

Núm 0000

enero	26	:	HORAS SOMBRÍAS
febrero	11	:	CARTA ÍNTIMA (A mi amiga Cristina Pinto Hevia)
febrero	25	:	CANTO FÚNEBRE
marzo	18	:	ESPEJO ROTO (Episodios de mi vida)
marzo	21	:	DE INVIERNO
mayo	6	:	FEDERICO SCHILLER
mayo	25	:	CREPUSCULAR
junio	24	:	GEMIDOS
julio	18	:	SONRISAS DEL ALBA
agosto	8	:	CREPÚSCULOS PASADOS
agosto	22	:	SOBRE UNA TUMBA
septiembre	7	:	DELIRIOS
noviembre	2	:	1º DE NOVIEMBRE

LECTURA AMENA

HORAS SOMBRÍAS

Avanza lentamente la Reina de la Noche en un cielo azul y puro como la dicha sin nubes y la conciencia sin remordimientos; en las límpidas aguas del tranquilo mar se reflejan sus rayos, suaves miradas que se fijan en la Tierra; castos y tiernos besos de esa amante compañera. Y dispersas en ese inmenso Imperio, las hermosas lumbreras que como soñadoras pupilas, contemplan desde allí las lágrimas de tantos que lloran al amparo sombrío y silencioso de la noche.

Tenues y pálidos son los reflejos de la Diosa del Firmamento: tenues como las púdicas miradas de las vírgenes castas; pálidos como los sueños puros de las almas melancólicas, el rostro de los poetas enfermos y los juncos de mi valle natal.

Triste está la noche, triste como las quejas de los que sufren y los gemidos de un moribundo, como el alma que llora sus esperanzas fugitivas y sus ilusiones muertas, porque los dolores son negros como el sudario de ella.

Es la hora augusta que aman los hijos del infortunio, hora de meditación en que la naturaleza toda parece entonar una canción fúnebre cuyos acordes se arrancan de un harpa desconocida que pulsa el Genio de la Soledad. Es la hora sublime en que el pensamiento se remonta y el alma se aduerme en el amoroso regazo del recuerdo, la hora en que se despliegan las doradas alas de la ilusión y traspasando las sombras, va el espíritu a visitar la morada que nos vio nacer, el suelo en que pasamos los años de la infancia, prólogo querido del libro misterioso de la existencia.

Es la hora en que los poetas escriben esos versos bañados de ternuras, empapados de amor, esos que encierran la esencia del sentimiento en el que vacían la hiel de sus penas ocultas y sus duelos íntimos. Duermen las flores, resbalan en sus capullos las frescas gotas de rocío, como lágrimas que ruedan por las mejillas de una virgen pálida. Duerme la naturaleza reclinada en el seno del silencio; pero los seres que sueñan con imposibles, y deliran con alegrías idas, aquellos que viven pensando en sus esperanzas muertas, no duermen nunca, hacen a la noche la triste confidente de sus penas y duelos, dan a su frío céfiro los suspiros de sus pechos, las quejas de sus almas!

La noche es la que cierra los párpados de las vírgenes cándidas que sueñan con el amor sin conocerle, que acarician en sus tranquilos sueños un dichoso ideal; ella llena también de suaves inspiraciones la mente de los poetas tristes, en cuyas mentes, inviolables santuarios, oscuras noches, vagan los pájaros negros de los versos amargos y los pensamientos enlutados guardan las hostias consagradas de sus estrofas dolientes y puras como el sueño de un ángel.

Noche, compañera de las almas tristes, amiga de los desventurados ¡bendita seas! Bajo tus negras sombras escriben su historia de páginas oscuras los proscritos de la ventura, mojando la pluma en llanto y sirviéndole de luz la luna bienhechora!

Ahora que ella descorrió sus fúnebres cortinajes en los montes, los prados y los

campos, ahora que ninguna pupila indiscreta puede mirar el rededor, alma mía, entrégate a tus tristes recuerdos y sueña como lo hacen los infortunados delirando con una esperanza que se esfuma, con una ilusión que se deshoja! Ha llegado el momento de hacer huir las sombras y extraer la claridad; ha llegado la hora de apartar las nubes oscuras dejando el Sol de la alegría luciendo radiante y sin sombras en un cielo azul. Ensueños dormidos, despertad; ilusiones muertas, revivid: es hora de soñar con la dicha nunca alcanzada, con la ventura lejana, con el ideal irrealizable!!!

Se hunde la Luna, sus moribundos rayos bañan por vez última la Tierra que vuelve a entregarse en los brazos de la sombra, el silencio y la oscuridad: he ahí lo que queda en el mundo y en el alma...

Sólo se escucha el gemido de las olas que mueren en la húmeda playa, el susurro de las hojas movidas por las brisas nocturnas, y uniéndose a ellos, entonan una canción lúgubre, compuesta de suspiros dolientes, sollozos y quejas doloridas, la noche, la soledad y mi alma, que lloran juntas su orfandad eterna en medio de estos campos y en esas horas de tristezas sombrías!!

SOLEDAD

La Compañía, enero de 1905

LECTURA AMENA

CARTA ÍNTIMA

(A mi amiga Cristina Pinto Hevia)

Todo pasa y se esfuma, muere y desaparece: en el ocaso del desengaño se hunde el astro de la esperanza rodeado de las nubes sonrosadas del ensueño; en la realidad, playa desierta del mar del corazón, mueren las ilusiones, olas azulejas salpicadas de espuma blanca. Todo muere... las flores delicadas del amor y afecto caen tronchadas por el helado viento del desencanto y quedan sólo los despojos, mostrando con cruel sarcasmo las bellezas de un mundo donde todo es frívolo y vano. Pero en el vergel desolado del corazón, entre las cenizas del pasado y las ruinas del alcázar de la ventura, eleva su tallo la siempreviva del recuerdo, desafiando a la muerte y burlándose de su poder.

El recuerdo es lo único que queda, cuando el alma triste, en medio de su páramo sombrío y solitario, se ve huérfana y proscrita, sin más amiga que la angustia, ni más compañero que el duelo.

Hoy, que, detenida en el sendero de mi vida, recorre mi mirada las páginas primeras del poema de mi existencia, me detengo a repasar aquellas, escritas en otras épocas queridas, cuando las flores de mi alma aún no se marchitaban, ni mis alegrías se disipaban todavía.

Descorro las cortinas que ocultan el pasado y se presentan a mi vista otros mundos de luz y esplendor, que contrastan con la noche en que hoy avanzo como ave perdida en la oscuridad y las tinieblas.

Las memorias de otros tiempos vienen a remover los fragmentos fúnebres de una dicha muerta, las hojas secas próximas a volverse polvo, después de haber adornado con su color de esperanza el árbol de la ilusión.

Y entre esas memorias, veo alzarse tu imagen en el santuario de mi alma, donde la guardo desde esos tiempos en que la suerte te unió a mí y los lazos de oro de la amistad nos estrecharon.

Recuerdo que eres la mujer única a quien di el nombre de amiga en aquellos años, en que la mentira no vaga en los labios ni la perfidia vive en el corazón: al abandonarte juré que serías la última, y el cielo sabe que lo he cumplido.

La amistad, es esa hermana que llora con nosotros y cubre de flores nuestra senda; ¡ah! Ya ella no vive en mí, por eso en la mía sólo hay espinas, por eso mi llanto no es acallado y no hay nadie que me acompañe en mis pesares!

Déjame que recuerde un instante siquiera esos años felices cuando la ventura coronó de rosas nuestras frentes; déjame que con el llanto en los ojos y el duelo en el alma, recuerde esos muertos placeres, los únicos que cuento en mi existencia.

Si el olvido no ha destrozado en tu corazón la flor hermosa de la amistad, si mi

nombre no se ha borrado en tu mente, dame el consuelo de gozar con los recuerdos de esos tiempos y deslizarse con el esplendor del pasado ya que el presente sólo tiene noche y sombras.

Han transcurrido muchos años: la primavera ha pasado muchas veces derramando flores en esos campos queridos; el otoño del pesar ha cruzado muchas más mi corazón, dejando en él hojas marchitas y pétalos amarillentos.

Eramos niñas aún: la infancia daba sonrisa a nuestros labios y una dicha santa a nuestras almas; no había nieblas, todo era luz; no empañaban las lágrimas los ojos ni herían el pecho los dolores.

Juntas recorriamos, en inocentes juegos, las campiñas floridas y las verdes colinas, tronchando el tallo de los juncos pálidos y las violetas moradas, conque adornábamos nuestras cabezas. Juntas contemplábamos, a la sombra de los naranjos, el poético panorama que presentaba el sol hundiéndose tras los montes nevados, y la naturaleza toda entonando un himno de amor al despedirse de él.

Allí se arrancaron los primeros cantos de mi lira que escuchó el silencio y la soledad, mis eternos y fieles compañeros, y ellos oyeron mis quejas y desde entonces fueron mis amantes confidentes.

¿Recuerdas cuando te recitaba lejos del hogar, estrofas tristes que eran la esencia de mi alma y el espejo de mi espíritu, y mil veces me preguntaste porqué mis versos eran sólo lamentos y mis inspiraciones lágrimas?

-No lo sé, te contestaba, hay un algo en mi ser que engendra la amargura, hay una mano secreta que filtra hiel en mi corazón aún cuando la alegría me rodea.

¡Ah, dónde pensarías que esas frases encerraban toda mi historia futura escrita al amparo de la noche con las gotas más puras de mi llanto!

A las orillas del cristalino río, recostadas en la verde grama, sintiéndonos acariciadas por la brisa coqueta y fresca, incliné muchas veces mi frente abatida para ocultar entre los bucles de tus cabellos las lágrimas de mis ojos.

El suave murmurio del río, el gemido del viento y el canto de las aves se unieron mil veces a aquellos que allí a solas, sin más testigos que las flores y las aguas, aprendieron nuestros labios sin pensar que después mitigaran nuestros mutuos pesares!

La rueda misteriosa del destino me arrojó lejos de ti, yéndome a dejar en suelo extraño como hoja que vaga siguiendo el rumbo de los céfiros, como proscrito que llora por volver al hogar que le vio nacer, como huérfano que ansía volver a ver, su valle natal.

¡Todo huyó! sólo el recuerdo ha quedado!

En mis noches de tristeza y nostalgia, cuando no hay una luz en el cielo, ni una esperanza en el alma, cuando sólo el mar me acompaña en mis quejas y las brisas en mis suspiros, me parece ver junto a mí tus pupilas oscuras en las que me miré tantas veces. Creyendo en mi visión, miro a mi lado y al ver sólo noche y oscuridad, lanzo un ¡ay! profundo que habrá turbado muchas veces tus sueños tranquilos y sin fantasmas.

El silencio y la noche, he ahí mis compañeros y mis confidentes; a ellos les cuento mis penas íntimas, mis duelos eternos, cuando el sueño sepulta en la calma a los seres que en él olvidan sus angustias!

Ya no puedo llamarte mi amiga; tal vez el tiempo habrá borrado mi recuerdo en tu mente y arrancado mi nombre de tu historia; quizás no te imaginas que hay labios que aún te nombran y un alma que no te olvida; quizás ni sueñas que la memoria de otras épocas queridas es el único placer que tiene mi corazón lacerado...

El recuerdo es el lirio que queda en el jardín del corazón cuando ya en él se han marchitado las rosas de la ventura, los juncos del ensueño: si en él vive todavía el perfume de mi amistad recibe mi afecto sagrado y eterno.

Cuando vague tu mirada en esos campos floridos, sagrados a mi memoria; cuando esas brisas frescas y embalsamadas mezan tus bucles a la par de los jazmines, dedícame un pensamiento, uno solo...

Cuando veas ese hogar perdido entre los bosques y los naranjos que crecieron juntos conmigo, diles que voy errante y sola, llevando en el corazón sus recuerdos amados, que jamás sus frescas sombras le darán reposo a mi alma angustiada, que jamás su techo volverá a albergarme.

Cuando tu imagen se refleje en las límpidas aguas del cristalino río que cruza como cinta plateada entre la verdura, piensa que tal vez mañana vaya un rostro pálido y demacrado a mirar en su espejo el estrago y las huellas que el tiempo deja en los seres...

Y entonces... si aún guardas para mí la esencia pura de tu amistad, te daré mi fraternal abrazo y oculta mi frente en tus cabellos, suspensa el alma, ¡despiertos los recuerdos; te haré la confidencia de mis penas mientras los céfiros de ese valle impriman sus besos fríos en nuestras frentes, que juntas parecerán una blanca azucena y una rosa mustia...

LUCILA GODOY A.

La Compañía, febrero de 1905

LECTURA AMENA

CANTO FÚNEBRE

Hoja marchita que de un árbol muerto
El furor de los vientos arrancó,
Llevándola del mundo en el desierto,
Eso soy yo.

Violeta que al abrir fresca y florida,
El rigor del estío marchitó
Y ni el riego ni el Sol le dan la vida,
Eso soy yo.

Gota de llanto que de un alma herida,
Como esencia de duelo se arrancó
Y entre oscuridad rodó perdida,
Eso soy yo.

Ave fatal que la tormenta impía,
Del ramaje su nido le arrojó
Y que vaga sin rumbo en noche fría,
Eso soy yo.

Queja doliente, de algún pecho triste,
Cuyo eco sólo el aire lo escuchó.
Fantasma errante que de negro viste,
Eso soy yo.

Astro eclipsado que un nublado cielo
No luce sus fulgores ni esplendor.
Fatal proscrita, pena sin consuelo,
Eso soy yo.

Cruz que sombreada por ciprés doliente,
Vela una tumba do no nace flor,
Faro sin luz, arroyo sin corriente,
Eso soy yo.

Estrofa amarga, fúnebre fragmento
De algún poema que escribió el Dolor,
Lóbrega noche, agudo y cruel lamento,
Eso soy yo.

LÚCILA GODOY ALCAYAGA
La Compañía, febrero de 1905

LECTURA AMENA

ESPEJO ROTO

(Episodio de mi vida)

No era en mi triste y desolado cuarto el objeto indispensable que luce su terso cristal en el tocador de la mujer vanidosa. Jamás tuve la necedad de contemplar en él mi figura, cuando tras una noche de insomnio sentía la pesadez y abatimiento cansados por el desvelo, solía mirar mi fisonomía enfermiza cuya palidez excesiva me hacía a veces retroceder espantada.

Cubierto siempre de polvo, revelaba su estado el poco uso que su dueño hacía de él, y viendo quizás que era allí algo inútil, quiso el destino romper su delicado cristal para augurarme futuras fatalidades.

Soy poco supersticiosa; pero lo confieso que esa noche de invierno, cuando aquello sucedió, mi incredulidad comenzó a desaparecer. Recordé las historias que me contaba una vieja en mi niñez. «Cuidad mucho vuestro espejo, solía decirme; desgraciada de vos si llega a destrizarse, porque la desventura os perseguirá eternamente. Yo, en medio de la candidez santa de esos primeros y floridos años, creyendo en el pronóstico, le reservaba un lugar, sin peligro en el muro, entre cuyo blanco empapelado resaltaban los contornos negros del marco, como cintas fúnebres que rodean el rostro albo e inmóvil de una muerta.

Gemía la lluvia al caer entre las hojas; silvaba el viento; los árboles se estremecían; la noche, negra como alma traicionera, infundía terror; yo desde la puerta de mi cuarto miraba con sobresalto los horrores de ese invierno inolvidable.

Miraba los árboles desnudos, las hojas secas que arrastraban las brisas en sus giros, la luna cubierta por oscuros nubarrones y el mundo envuelto en un sudario de tinieblas. Y pensaba, pensaba que si las ilusiones del corazón rodaban como las hojas, impelidas por los céfiros yertos del desengaño, dejándolo como aquellos solitario y desolado, la vida debía ser muy triste en ese invierno de infortunio.

Pensaba que, si la desgracia lograba empañar con sus sombras el astro de la dicha, como empañaban las nubes la faz radiante de la Diosa del Firmamento, debían ser muy lúgubres esas noches de oscuridad eterna sin un rayo tenue de la benéfica luz del consuelo.

Al estar así sumergida en hondas reflexiones y fatídicos ensueños, sentía caer sobre mi alma las gotas de hiel que vacía la mano férrea de la amargura cuando oprime el corazón; veía vagar espectros y fantasmas que cruzaban sobre los charcos formados por la lluvia.

De repente sentí que un sudor frío corría por mi frente; sentí que mi vista se nublaba y agitaba mi cuerpo un estremecimiento extraño; sentí en mi cerebro la lucha de ideas que bullían nacidas de mis tristes meditaciones en aquella noche de tempestad, y para comprender lo que me pasaba, busqué el espejo y fui a mirarme!

¡Fatalidad! Tan pronto como apareció en él mi rostro descompuesto, con la mirada extraviada y aspecto terrorífico, sentí un golpe leve en el cristal al mismo

tiempo que caían al suelo algunos pedazos! Roto... roto... balbuceé inclinándome para recoger sus fragmentos malditos, al mismo tiempo que rodaba una lágrima arrancada por el recuerdo de las proféticas palabras de la vieja.

Muchos años han pasado; jamás he querido arrojar de mi morada aquello que pronosticó las amargas de mi vida, noche sin auroras, desierto sin palmeras ni oasis; en mi existencia errante de paria, jamás se me ha ocurrido cambiarlo por otro para alejar de mi vista lo que despierta odiosos recuerdos en mi corazón.

Quiero que, cuando la muerte tienda sus negras alas sobre mi cabeza, y la fatalidad dé por terminada su misión criminal en mi lecho mortuario, coloquen junto a mi rostro lívido aquel cristal destrozado que no empañará el aliento de mis labios yertos ni reflejará los ojos, en los que ya habrá descendido el polvo...

Y cuando el recuerdo evoque los rasgos de mi vida en algún corazón no ingrato, se verá que no fue una locura de mi mente ofuscada creer en el pronóstico fatal del espejo, ya que «la dicha es tal como un cristal delicadísimo que rompe un golpe recio del dedo del destino, y cuyos pedazos es imposible, del todo imposible, juntar después, para formar el todo!»

LÚCILA GODOY ALCAYAGA

La Compañía, marzo de 1905

LECTURA AMENA

DE INVIERNO

Viene el invierno arrebatando a los campos sus flores, su manto azul al cielo, su calma al mar, impregnando de tristezas el mundo y contaminando con su hielo las almas sensibles y melancólicas.

Negras son sus noches; negras como los desvaríos de los celos y la suerte del paria; negras como las alas de la amargura y los dolores secretos de los suplicios morales. Nublados y tristes son sus días, nublados como el cielo de los desgraciados y los ojos que lloran; tristes como las nostálgicas noches de los soñadores y poetas, como las llanuras desiertas del corazón, donde la planta del desengaño ha pisoteado la verde grama de la esperanza.

Viene el invierno con sus helados céfiros cuyos besos hacen estremecer las pálidas frentes de los infortunados y entonan al pasar por los desnudos árboles una canción sin armonía, como la que entona el desencanto en el harpa desafinada de la realidad.

Se cubre el mar de tinieblas; vuélvese negruzco el azulado de sus olas; no juegan las gaviotas en los veleros buques; huyen las golondrinas a habitar el otro hemisferio, como si fueran ilusiones que abandonan un corazón desolado.

Se estremecen los valles y las praderas, suspiran de terror las selvas vírgenes y la naturaleza toda parece temblar con la llegada del invierno; los seres tristes contemplan con profundo silencio del lúgubre panorama como si quisieran compararlo con el cuadro de los crepúsculos pálidos y tenues de sus días monótonos de ansiedades eternas y amargas meditaciones.

Almas melancólicas y sombrías, despertad de vuestro fatídico letargo. La primavera ha pasado quedando tras de ella los despojos yertos y las cenizas que dejan todas las bellezas que mueren y se esfuman; la Tierra está triste, tan triste como vosotras; con sus brisas gemebundas y el murmurio de sus arroyos, os acompañará a cantar; ella llora como vosotras la ausencia de sus flores y sus hojas de sus ilusiones y esperanzas!

Almas tristes, pulsad la lira y saludad al Invierno. Vedlo, allí viene con su gorro de nieve que cubre sus cabellos plateados; fría la mirada, contamina con su hielo la naturaleza; su mano descarnada troncha el blanco lirio y el morado pensamiento; de sus ojos vidriosos brotan lágrimas que van a cultivar la solitaria violeta que inclina su frente temerosa de que la muerte la siegue con su guadaña impía.

Almas meditabundas, él os trae noches oscuras envueltas en misterios y calma; viene a depositar en vuestros labios secos y contraídos sus besos mortecinos y de hielo marmóreo, viene a llenarnos de efluvios glaciales!

La solicitaria desterrada espera en su triste morada que venga a hacer nacer sobre los restos de las flores muertas en su jardín desierto, el junco pálido, así como el desengaño hace nacer sobre los despojos de las ilusiones la flor perfumada del recuerdo.

Bardo tristes que cantáis a la amargura, proscritos de la alegría, espíritus soñadores de pobres idiotas, venid a acompañarme en la canción lúgubre con que quiero saludar al hijo de la Tristeza, al hermano de la Muerte.

Poetas, que filtráis hiel en vuestros versos, venid; aquí sin más compañeros que el mar que murmura y el ave que se queja, alzaremos nuestras frentes para que deposite en ellos con un ósculo yerto, pero que nos sonría con su sonrisa irónica.

El que entrega el mundo a los férreos brazos del *Dolor* y la Desesperación, que vacíe en nuestras mentes inspiraciones amargas, estrofas dolientes, no importa que se burlen de ellas los bardos alegres cuyos cantos tienen la necia locura de un placer que no existe!!

LUCILA GODOY ALCAYAGA
La Compañía, marzo de 1905

COLABORACIÓN

FEDERICO SCHILLER

La Alemania celebra este año el centenario de un hijo suyo: uno de esos hombres que mueren inmortales. Únese a ella la Literatura Universal de cuyo jardín ameno fue una siempreviva que besó con sus rayos el Sol de la Gloria.

Fue un cantor de almas.

Poseía el lenguaje del sentimiento.

La novela, el drama y la historia le coronaron.

El cielo de sus inspiraciones se vistió de las palideces del idealismo, sus poesías flores virgíneas, se mecieron al ambiente del romanticismo más delicado.

Vibra el genio en sus obras, pero el genio divino, sublime e ideal.

Con su estilo cubrió de lirios el pantano infecto de las pasiones, hizo brotar soles en el abismo, embalsamó con esencias las fetideces del crimen y la ignorancia. Su estilo no tuvo el empuje atronador y la fuerza fatua que despliegan algunos poetas de nuestra época; tuvo la suavidad encantadora del aura, del suspiro, de la onda. Y eso es lo que encanta.

Y es eso lo que habla al alma, lo que la embriaga, la fascina y la envuelve en ternuras infinitas, lo que la baña como ola de esencias, lo que la eleva y la ensimisma.

Los bandidos, fue su primer drama, la primera esmeralda que brilló en su corona, el golpe ante el cual se le abrieron las puertas del mundo radioso, resplandeciente e inmenso de la gloria, cielo que anhela ese pobre loco sublime, el poeta. Y las obras se desprendieron de su pluma diamantina cincelada por el Genio como pétalos de una flor; y la fauna las depositaba en su ánfora de oro.

En *Intriga y Amor* cantó la lucha de las clases sociales, y en *Juana de Arco*, el afecto del suelo natal, herido y pisoteado por la planta extranjera.

Brilló en el horizonte sereno de la Literatura Alemana al lado de otro tal. Goethe.

La fraternidad los hizo hermanos, la madre Gloria selló juntas, con su sello de inmortalidad, aquellas frentes donde moraba la sublimidad; los cobijó como palmera gigante alzada en el Sahara de sus destinos.

De Schiller, ante la pluma que se mojó en la fuente límpida del sentimiento, ante su lira que se agitó al impulso de lo Ideal, ante su inspiración que vagó en los mundos de lo Noble y Divino, se prosternan las almas sensibles y soñadoras.

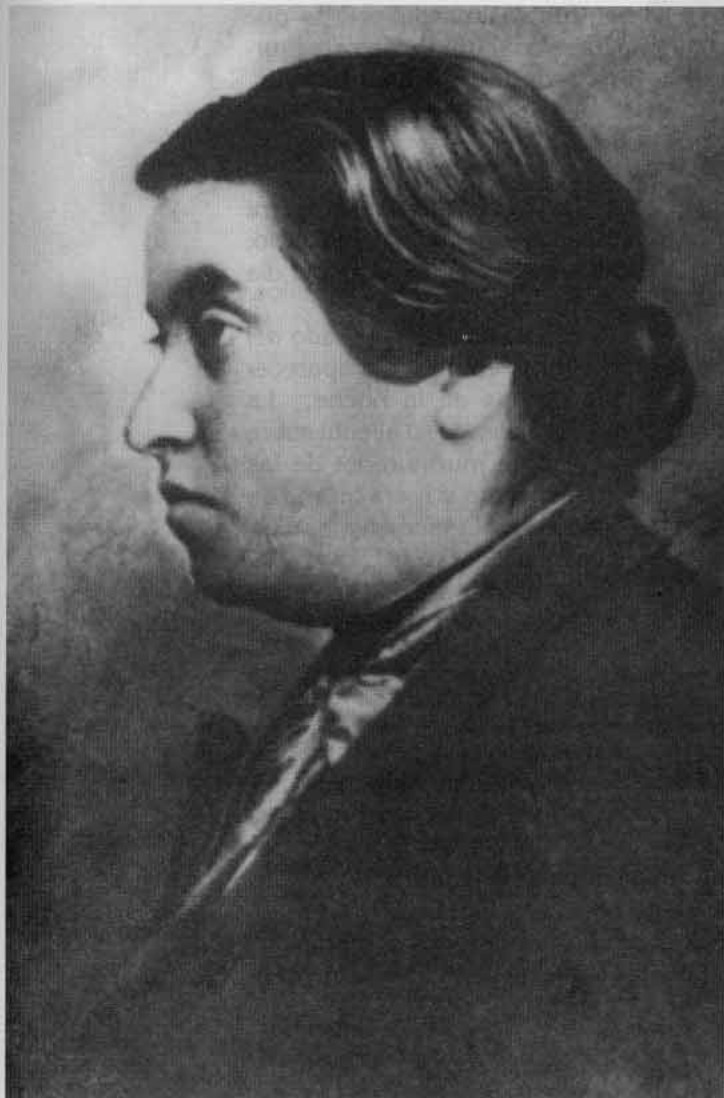
Y aquellos tantos que le admiramos anhelosos de seguir su huellas jamás borrada, saludamos en su centenario su inmortal memoria, estela de luz dejada por el astro de su Genio y sepultado en el Ocaso de la Tumba.

LUCILA GODOY ALCAYAGA

La Compañía, mayo de 1905

LECTURA AMENA

CREPUSCULAR



Tintes pálidos de agonía tienen de livideces el cielo opalescente. Son las horas crepusculares, las horas del ensueño y la melancolía.

El sol, como una gran rosa mágica de luz, desfloró el último de sus pétalos resplandecientes en el abismo sombrío del ocaso.

El día muere estrangulado por la sombra.

Sobre las alas del pensamiento pesa la letargia de la meditación. La tierra está envuelta en la soñolencia de la tristeza.

Es la hora en que la flor se cierra y el alma se abre al éxtasis.

Son las palideces precursoras de la sombra.

Las luces desmayadas del cielo son como flores de ámbar que adornan la tumba del día sepultado. La niebla empieza a descender sobre los montes, es el hálito del león de la noche que avanza devorando la luz.

Fosforescencias tenues resplandecen en el espejo gigantesco del mar.

Los esplendores vívidos se desmayan en los brazos de la tarde que agoniza en el lecho del ocaso.

El cielo está exagüe, como los horizontes de un corazón triste.....

¡Almas! Soñad, no oís el ensueño aletear en las melancolías crepusculares?

El soplo de la soledad os envuelve en tules de nostalgia; sed las harpas vibrantes del silencio; que vuestros cantos resuenen en las selvas grises de la sombra

El espacio se puebla de rumores, no oís?

-Son las olas que dialogan con las brisas.



La pradera languidece de tristeza, un hálito de belleza tenue y agonizante la envuelve, los susurros y los gemidos vibran en ella como notas espirituales de un canto melancólico

Es el alma del arte la que cubre con su ala la tierra taciturna divinizada bajo su imperio.

La poesía canta en el paisaje languidecente una canción de soledades

La ola de la sombra empieza a bañar las playas del espacio; el halo resplandeciente del día desaparece

En el nácar desmayado del horizonte empiezan a aparecer las pupilas de la noche. La niebla extiende su aliento sobre el gigante murmurador de las aguas, como si fuera bruma de recuerdos que envuelve las nostalgias del corazón

La última sonrisa lánguida del crepúsculo, se apagó en los cielos

Ha llegado la enlutada funeraria, besando la tierra con su ósculo de hielo y de sombra. Su mano arroja un puñado de diamantes fosfóricos sobre el es-

pacio

Ha llegado con su silencio rememorador, creador de sublimidades.

Las palideces murieron ahogadas por el negro abismal y lúgubre.

Tiende la noche su ala salpicada de rocío, sobre las frondazones sombrías.

Tiende la inspiración su ala salpicada de lágrimas sobre las floraciones dormidas de mis versos

LÚCILA GODOY ALCAYAGA

La Compañía, mayo de 1905

LECTURA AMENA

GEMIDOS

Corazón, llora... llora con la selva desnuda, con el viento proscrito; llora con el lucero solitario, que empaña la nube negra...

Cae la lluvia azotando inclemente la ventana... ¡Ah, mira, las lágrimas del invierno, vienen a buscar las tuyas...

Mira la desolación del valle, como imita a tus pasajes solitarios, ¡oh corazón desbastado de flores! ¡Será que te acompaña en tu orfandad? Lloro...

El dolor es la lira genial, de donde nace la canción más sublime, la de los sollozos...

Nada más hermoso, que el eco de un gemido, resonando en la calma sacrosanta de la noche!...

El silencio parece rendir culto y homenaje profundo a tu dolor...lloro...

El dolor es el divino inspirador que vierte brebajes mágicos en los labios tristes...

Sólo él lleva a las almas en las sombras de su noche, la esperanza de una aurora...

Sólo su religión derrama en el alma ese rocío de vida, cultivador de flores inmortales... el llanto...

El rostro exangüe de la Errabunda del Espacio se distingue apenas tras la blancura brumosa de las nubes errabundas.

¡Oh, las lobregueces de la Tierra como imitan a las lobregueces del alma!

El mar murmura una canción de religiosidad, como si temiese profanar con sus quejas la misteriosa soledad velada por la Noche.

Lloro corazón...

La lluvia como una caricia de los cielos rueda por el rostro sombrío de la Tierra dormida, como lágrimas de amor, sobre el capullo virgíneo de una flor...

El hálito tenue de la brisa semeja el roce de una cabellera sutil, húmeda y suave pasando acariciante por mi rostro.

Serán los cabellos suaves de un ángel invisible?

Fuiste feliz, miraste con amor las rosas que mimaron tu frente de lirio, y las viste acariciadas por el rocío del triunfo...

Pero ya el invierno tronchador de glorias y cegador de bellezas, asomaba su guadaña tras lontananzas invisibles.

¡Oh, las modulaciones de tu voz cuando vibraron en el silencio reverente lleno de homenajes!

¡Oh el huracán de vivas que brotaba con la nota tenue última de la canción...

Fuiste feliz...tu figura altiva al cruzar por el salón tenía majestades de diosa...

Y la envidia misma de las que te miraban tenía homenajes para tu orgullo insondable!

Porque tu belleza era para eclipsar todos los soles de los cielos...

Porque tu altivez era para arrojar al orgullo mismo, vencido y humillado a tus plantas!

Hoy, sólo recuerdos bañan las ruinas de ese paisaje desolado... tu corazón...

Hoy, sólo un débil vislumbamiento de esa gloria, llega hasta las negruras de esa noche... tu destierro.

¡Oh cómo lloraron tus ojos viendo caer una a una las flores de ese vergel encantado...tu gloria!

¡Oh cómo lloraron, oyendo alejarse los ecos del triunfo de los campos donde había flameado tan ufana la bandera de tu trágica hermosura!

Llora mujer el llanto será el único que quiera acompañarte...

Llora mujer, sólo las lágrimas no desdenarán daros su dolarosa amistad!

Desnudo está el ramaje de tus esperanzas, cada una de ellas no es ya sino un esqueleto crujiendo al soplo impetuoso de los vientos embravecidos de tu destino.

Tus ilusiones, pisoteadas por la derrota, gimieron en su orgullo, al recibir su muerte vergonzosa... pero murieron...

Sólo el silencio y la desolación te cobijan bajo sus clámides sombrías...

Triste trofeo, revuélcate sobre el polvo de tanta muerte...

Todavía tus brazos se extienden ambiciosos de aprisionar tu pasado que huye...

¡Oh sarcasmo, cómo abrazas la nada!

Las cadenas de la muerte rodean tu cuello alabastrino, próximas a estrangularlo.

En vano buscas restos entre las ruinas, yacen en las entrañas de un abismo que los devoró... el tiempo...

De todo el esplendor de aquel ayer, ya no queda sino un recuerdo perdiéndose en un vacío inconmensurable.



De tanta sonrisa, sólo queda el cristal de una lágrima suspendida temblorosa en tus pestañas...

¿Llamas a tus glorias fugitivas?

-Mira como huyen en tropel pavoroso espantadas de tus tinieblas!

Atenta enmudeces, creyendo que el viento trae en sus alas el eco uniforme de tu falsa victoria!

¡No! ese eco se perdió en el infinito de ¡la nada!

Flor de estío, ya no llueven esencias sobre tu cáliz descoloridas por el sol canicular...ya se consumieron...

Bandera gloriosa despedazada, ya no te alzarás sobre la cúpula altiva de la victoria mundial!

Llora, pobre abandonada!

Llora, águila herida, porque tus alas rotas ya no se balancearán majestuosas sobre pináculos de triunfo!

Mira hacia arriba, tu cielo no tiene arboles ni centellas.

¡Sólo tiene las tenebrosidades de tu abismo!

Es vano que finjas una calma que no existe en tu alma borrascosa...

¡Es en vano que finjas un placer que no brota en las arideces de tu desierto!

Tu sonrisa no trasluce sino angustias...

En tu mirada casi tranquila a fuerza de orgullo duermen muchos despechos y dolores contenidos como fieras...

Ya tu belleza agotada no es sino el espectro pavoroso de un pasado...

Ya tu belleza muerta no es sino una cruz alzada sobre la tumba de tus glorias!

Las lágrimas del invierno ya se unen con las tuyas en el cristal empañado, formando una dolorosa hermandad!

¡Llora corazón desolado!

LUCILA GODOY A.

La Compañía, junio de 1905

SONRISAS DEL ALBA

Todo vuelve a vivir: el alba blonda
Despierta al llano de su triste sueño
Y canta el ave entre la espesa fronda
Y el día asoma lúcido y risueño.

Se abre la flor al rayo que fulgura,
La sombra alza su denso cortinaje,
Y palpita la vida en la natura ...
Y se estremece el nido en el follaje.

Aléjase la noche del paisaje,
Un nimbo de esplendor corona el monte
Se baña en luz la aldea aletargada ...

¡Sólo de mi alma el lúgubre paraje
No viene a iluminar sus horizontes
El risueño fulgor de una alborada.

LUCILA GODOY ALCAYAGA
La Compañía, julio 16 de 1905

LECTURA AMENA

CREPÚSCULOS PASADOS

¿Los recuerdas? Sus tonalidades nacarinas envolvían nuestras almas en una atmósfera de inefable poesía; mi espíritu filárjico [sic] los evoca aun en sus largas horas de meditaciones tristes, buscando en los presentes, el encanto que tenían aquellos, pasados bajo las frondas de los naranjos en flor.

¿Recuerdas? El sol descendía lánguidamente, hasta esconder tras las altas cúpulas del monte, y, a los vislumbramientos vesperales, era imponente hasta la exuberante de belleza salvaje y bravía.

Y allá en el naranjal, sentadas sobre los troncos colosales que sombreaba el ramaje enmarañado, hipnotizados por el ambiente mágico que nos rodeaba, leíamos a «María» de Jorge Isaacs.

Un hálito de ternuras inenarrables, envolvía nuestros pensamientos. De aquellas páginas se elevaba un perfume de violetas que nos embriagaba hasta borrar en nosotras la noción del tiempo y de la vida material que nos rodeaba.

El éxtasis llegaba hasta el vértigo.

Los pájaros revoloteaban recogiendo ya a sus nidos, y al agitar las ramas, desprendían de ellas, los azahares medio marchitos que rodaban sobre nuestras cabezas, perfumados y amorosos como una caricia.

Ni un parlero turbaba la beatitud de la hora.

Hasta el murmurio de la fuente se hacía débil..., imperceptible...

El crepúsculo lleva en sí la poesía ideal que adormece todo bajo la divinidad de su excelso imperio.

Y, de aquellas páginas delicadas y tristes, subían a nuestras almas como los vapores de un lago, las ternezas de aquellos afectos tan sinceros y tan infinitamente puros!...

Y, las angustias de la virgen cuya vida palpitaba allí, y la orfandad de esa camelia pálida regada con llanto, llenaban nuestros corazones, abiertos como flores, a las emociones, a los ensueños y a la ilusión.

El ocaso parecía bordado con pétalos de rosas rojas, y aquellos tintes vívidos iban desmayándose poco a poco, hasta tener un rosicler lánguido, que borraban después las palideces ambarinas.

Y seguimos allí en una unión poética, mientras allá lejos, en la frente de la tarde moribunda, un lucero solitario nos contemplaba...

Y permanecíamos allí, hasta que la sombra descendiendo como un fúnebre sudario desde los cielos, envolvía el follaje de los naranjos, y las soñadoras cabelleras de los sauces tendidas lúgubrementemente sobre el lago.

Y abandonábamos aquellos parajes, templos de adoración romántica, llevando todavía en el alma, la embriaguez de aquellas horas de encantamiento, y el perfume que exhalaba aquellas páginas leídas, páginas donde se han derramado los pétalos adorantes de todas las flores blancas...

El mismo hábito de beatitud y encanto, flota en los crepúsculos presentes, pero su poesía muerta está para las nostálgicas soñadoras, que en aquellos años contemplaban sus tonalidades.

Desnudo está el naranjal que nos dio sus sombras, hundidos para siempre aquellos días; y los rústicos asientos en que nos reclinábamos, devorados están por el tiempo, como nuestros corazones raídos por la carcoma moral, corazones enfermos, donde sólo el recuerdo vierte brebajes de consuelo y de ternura.

LUCILA GODOY ALCAYAGA
La Compañía, julio de 1905

El mismo hábito de beatitud y encanto, flota en los crepúsculos presentes, pero su poesía muerta está para las nostálgicas soñadoras, que en aquellos años contemplaban sus tonalidades.

Desnudo está el naranjal que nos dio sus sombras, hundidos para siempre aquellos días; y los rústicos asientos en que nos reclinábamos, devorados están por el tiempo, como nuestros corazones raídos por la carcoma moral, corazones enfermos, donde sólo el recuerdo vierte brebajes de consuelo y de ternura.

LECTURA AMENA

SOBRE UNA TUMBA

Y en este día triste, día de recuerdos para mi alma llena de pasado, he venido a visitarte en tu morada extraña, de cipreses y de tumbas.

Soñadora espiritual, débil enferma de nostalgias, camelia grácil de los estériles campos de la vida, no resististe al huracán devastador, y envuelta te fuiste en su soplido impetuoso.

Artista divina, tus sueños fueron crisálidas que no alcanzaron a romper su prisión de seda...

Magnolia anémica, deshojada fuiste en la galana primavera, sobre el estanque sombrío de la muerte.

Y yo, la hermana de tu vida misteriosamente triste, de esa tristeza que enerva y consume a los artistas, de esa tristeza de donde explotamos todo el tesoro de nuestras inspiraciones; he querido venir a recordar toda nuestra pasada fraternidad radiosa sobre la losa que te cubre como un tálamo de lirios, como una bendición de nieve; a darte mi cariñosa despedida, hasta el día no lejano, en que venga a haceros compañía, en esta existencia de abandono en que viven los que fueron... los que pasaron...

Juntas íbamos por la senda florecida de nuestras vidas idílicas, juntas como dos fantasmas blancos avanzando en la tiniebla; tú, rodaste en el comienzo de la ruta, al abismo inexorable, yo, voy hacia él...

La poesía dormía en tu frente de soñadora, sobre un lecho de rosas, las rosas núbiles de tu sentimentalismo extraterrestre.

Tus ideales tenían blancuras de cisnes que no alcanzaron a despertarse, dormidos a la orilla de ese lago azul, tu imaginación creadora...

Y en templo de tu alma engalanado estaba por los sueños luminosos en espera del Dios Arte, que llegara a celebrar en él sus ritos misteriosos...

Y en el jardín de las azucenas cándidas que el numen cautivara en tu mente, el Sol de la vida terrestre no violó las divinas castidades de sus capullos virgíneos. Y fui yo, la única que con el poder adivinatorio de la amistad idealizada, miré la floración de sublimidades que se alzaban en ti, la única que llegué a comprender el misterio de tu melancolía hierática, que te formaba una alma de aislamiento sobre la vida mundial, ese aislamiento magnificante que constituye la patria de esos grandes soñadores, enfermos del excelso mar del arte.

Eras como yo, una solitaria, el tumulto nos exasperaba, sólo la soledad fecundizaba los vastos campos de nuestras existencias, marcadas ya, con el sello invisible de una misión!

Y era en las noches pobladas de misteriosas salmodias, florecidas de estrellas; en que la luna, como un medallón de auricalco [sic] prendido en el túnico azul de los cielos, ponía mirajes de tenuidades luminosas sobre los campos, y mirajes de ensueños irreales sobre nuestras almas; cuando, enmudecidas, hipnóticas, por un

algo desconocido que descendía a ellas, desde lo ignoto, dejábamos que nuestros pensamientos, libélulas blancas, tendieran su vuelo al país extraño del ideal, que parecía atraerlos con la magia de sus regiones azules, supraterrrestres, pobladas de cosas inmateriales, a ellos, tan ajenos a la vida humana, tan lejanos de lo real, tan amantes de lo visionario y fantasmal.

Y era en las alboradas que ponían tintes de rosa en el paisaje enlutado por el nocturno duelo, cuando en estáticas adoraciones sobre la alfombra gramínea de la colina dominante, nuestras pupilas ávidas y absortas, contemplaban las tonalidades cambiantes con que el día naciente anunciaba su imperio lúcido a la Tierra letárgica, donde cada rayo vertido engrandecía y contemplaba el triunfo de la luz vital sobre la sombra mortuoria.

Y era aquella naturaleza, cuyos cuadros geniales hace surgir el recuerdo en mi alma, tan llena de su poesía seductora, la que, como complaciente a la desconocida locura de nuestras adolescencias, se embellecía con una rara profusión, cual si hubiera querido saciar hasta el exceso, el anhelo frenético de nuestras mentes sedientas de inspiración, mendigas del oro de la idea, que explotábamos de ella, engalanada con exuberancia loca, como una mujer que está persuadida de deslumbrar con su adorno a un mundo insatisfecho de su belleza natural.

Fue entonces, en esas horas de verdaderos espasmos de contemplación, cuando mi alma descubrió una hermana en la tuya, y buscamos desde entonces, aquellos parajes, reales edenes donde como en un manantial, íbamos a beber el bálsamo mágico de las inspiraciones sublimes, aves acosadas por la sed de la poesía y los locos lirismos.

La fiebre del arte invadía nuestros cerebros, torturándonos, enervándonos, hasta destintar de muerte el tuyo.

Hay sueños asesinos, y así fueron los tuyos y son los míos, no satisfechos con adueñarse de todos nuestros pensamientos, sacían su voracidad de águilas en nuestras vidas, miserablemente débiles y enfermas, heridas por ese solo reflejo de lo divino en lo humano!

Tristes y melancólicas como camelias crepusculares, el mismo dolor que se eleva como efluvio de la flor clásica del Arte, aspiramos como ambiente, perfumado sí, pero impregnado de muerte.

Y como dos sombras, cruzamos juntas agobiadas por el mismo peso, llena el arca de la mente de los mismos diamantes negros, los pensamientos letales.

Y, aves en una selva otoñal, entonaron el dúo del Dolor, nuestras voces tiernas y gemebundas, en una hermandad hueca y angustiada, en el silencio de la noche negra, como malditos agoreros!

Y, lúgubres sauces, inclinamos el ramaje de nuestras vidas dolorosas sobre el mismo lago sombrío, el de las tristezas mortales.

Y, asidas de la mano, avanzamos en la áspera ruta, donde, si la adolescencia ponía gloria de flores, eran flores enfermas que al ir a colocar sobre nuestras frentes, rodaban deshojadas, sobre el mismo camino, donde ellas y el rastro de las plantas llagadas, señalaban nuestro paso de infortunadas peregrinas!

Perdona que profane la calma de tu santo reposo con el acento flébil de mis tristes remembranzas; perdona que venga a deshojar sobre tu losa la rosa perfumada de ese pasado, que embalsamaron esas horas de fraternidad sublime!

Ya tú reposas, yo sigo mi peregrinaje largo y sombrío en la tiniebla insondable!
Pájaros de tempestad, no tenemos sino un nido en que hallamos la calma tan deseada, después de la contienda y la lucha continua, la ¡tumba!, sólo un árbol en que posarnos, cansadas las alas del vuelo fatigoso, ¡el ciprés funeral!

Si alguna vez un día radiante ha de fulgurar sobre nuestras cabezas, será aquel que comienza en el paraje ignoto que sigue a las mansiones tenebrosas de la muerte; en la Tierra, la dicha misma no tiene sino débiles fulgurancias de crepúsculo.

Si existe una primavera para los vallados estériles del alma, ella reinará allá en lo inexplorado.

En la cúspide del ávido monte de la vida, después de despedazar nuestros pies en la ruda ascensión por sus rípidos flancos; sólo encuentran nuestros brazos tendidos anhelosos en actitud de desesperante ambición, la negra bandera de la muerte, flameando altiva. Ése es el trofeo triunfal obtenido después del combate recio en que sacrificamos la vida.

¿Es verdad que es una victoria?

¿Qué nos reserva ella, único puerto asilador de nuestros barcos rotos, de regreso de su angustiosa exploración, por los mares procelosos?

Tú ya reposas... Arena de esta inmensa playa humana, la onda negra de la Eternidad ya te arrastró.

Tu alma, rosa del alba, prendida se fue en el manto de esa Reina Funeral

Gota de rocío, evaporada te alzasteis hacia arriba, ¿sois allí nube o astro?

¿Duermes o escuchas mi voz que te habla siempre en el lenguaje de las confidencias tiernas?

¿El muro de misterio que se alza entre la vida y la muerte, es real?

Cuando te he llorado en el silencio de la noche consoladora y sacrosanta, ¿has escuchado mi gemido?

Las nubes que se alzan de la inmensidad de los mares en aérea procesión, feliz viaje hacia allá, ¿han llevado mis lágrimas en la opacidad de sus brumas?

¡Hasta luego! voy a dejarte en el abandono que rodea como una atmósfera la existencia arcana de vosotros, los vencidos de la muerte y triunfadores de la vida.

No te digo adiós al alejarme de tu tumba, viajeros de la vida, si vamos a un mismo y misterioso país ¿para qué pronunciar esa palabra?

Si nuestro porvenir es el mismo ¿para qué la despedida? ¿No nos fraternizará la muerte como nos fraternizó la vida?

El halo radioso de la eternidad ¿no aureolará juntas nuestras cabezas?

Tras el velo denso brumo del misterio ¿no se destacan regiones, en que se prolongue nuestra extraña hermandad de artistas soñadoras?

Mañana ya quizá, otra cruz blanca que señale mi morada se alzará al lado de la que muestra la tuya.

Nuestra marcha por una misma ruta va al mismo misterioso y oculto punto.

Mi huella sangrienta, sigue la misma tuya.

Astros de la tiniebla, en pos vamos de la estela de los que ya se hundieron.

¡Hasta luego!...

LUCILA GODOY ALCAYAGA

La Compañía, agosto de 1905

DELIRIOS

Acérquenme a la luz, a mi ventana,
Quiero mirar el mar, mirar el Sol,
Contemplar el albor de la mañana,
Ver como a su fulgor se abre la flor.

Quiero aspirar la brisa de la tarde
Que viene a perfumarse en mi jardín,
Sentir su beso aquí en mi frente que arde,
Llena por una inspiración sin fin.

Acérquenme hacia allá, quieren mis ojos,
Mirar la noche, darle mi dolor,
Contarle mis tristezas, mis enojos,
Y que llore en su sombra el corazón.

Quiero sentir el canto de las aves,
Mirar los cielos con su manto azul,
Y en el silencio engrandeciente y grave
Cantar mi desolada juventud.

Quiero escuchar las quejas de las olas
Ver la lívida tarde agonizar,
Vagar como antes por la playa sola,
Y muchas cosas preguntarle al mar.

Si he de morir, quiero morir cantando
Al campo, y a sus flores; y al dolor,
No veis que junto al lecho está velando,
La sublime y amante inspiración?

Quiero morir la lira contra el pecho,
El ensueño en la mente como flor,
Y que miren mis ojos desde el lecho,
El alba, el mar, el campo, el cielo, el Sol!

SOLEDAD

La Compañía, septiembre de 1905

1º DE NOVIEMBRE...

Palidece el palio azul en la agonía melancólica de la tarde; se encienden en medio de las vaguedades tristes, las primeras antorchas de la altura y, tienen las fulgencias débiles de pupilas que despiertan...

Frías pasan las auras, como si el aliento de los muertos soplara en ellas, y dejan en el rostro al rozarlo el hielo y el perfume de los labios de las vírgenes que duermen entre las blancuras floreales de un catafalco, como palomas perdidas en un nido de jazmines...

Empiezan a enredarse los tules de la sombra entre las frondas lejanas. Se esfuman las perspectivas del paisaje.

¡Muere el día lúgubre!

Muere, en un crepúsculo triste, crepúsculo polar, pálido como las floraciones de los rosales que manos gráciles de soñadoras piadosas arrancaron.

Las voces últimas de la campana pueblan las soledades infinitas del espacio: gemebundas, como si todas las almas huérfanas sollozaran en aquella cúpula blanca de donde nacen las angustiosas notas que llegan a mí, tenues, suaves y tiernas cual si fueran el canto postrero de un poeta moribundo...

Gime... lleva a las almas el acento de esos labios que selló el silencio eterno; gime... lleven tus voces las quejas de los que reposan en la soledad más sombría, abandonados, como los restos de un barco náufrago en la playa extensa y solitaria!

La negrura funeral se extendió sobre la Tierra enlutecida. Arriba, las apoteosis infinitas de los cielos estrellados; abajo, en el valle y en el alma, nada que fulgure. Sólo al pie de la montaña, sobre el flanco gris que ennegrece la noche, se destacan blancuras supraterrrestres. Únicas que la noche no cubre!

¡Son los muros y las losas del cementerio!

Ellos, contorneando el vergel de los cipreses, como una fila de fantasmas blancos en procesión a los cielos. Ellas, como una floración de magnolias colosales alzadas en los abismos de la sombra tenebrosa.

Surgiendo del paisaje tétrico, en medio de los tintes funerarios, parecen llamar hacia allá a los insomnes y los malditos; y en mis noches angustiosas, se fijan allá mis pupilas atónitas como en la aurora de un porvenir naciente.

Duermen bajo ellas reclinadas sobre el polvo, en la postura eterna, las cabezas augustas de los soñadores, los heroicos, los apóstoles y los miserables.

¡Flores azules, rojas y pálidas, todas tronchadas sobre el mismo caos, confundidas en el mismo suelo!

Duermen los luchadores indómitos, lívidas las frentes bajo las cuales rugió la ira sublime de los apóstoles invencibles, cerrados por la quietud inalterable de los labios de que brotara la imprecación fulminante y la palabra incendiadora de los cerebros y enloquecedora de las turbas frenéticas; cerrados sin que se entreabrieran soberbios para gritar, victoria. Duermen, la inmolación vana de sus vidas al sacrificio, el valor de morir sin vencer, dejó en sus rostros graves un gesto augusto

de altiva amargura, gesto de Dios olímpico.

Duermen, aplacados por el sosiego imperturbable los ardores frenéticos y los ímpetus huracánicos.

Duermen también los héroes; aureola sus sepulcros una aurora eternal. Compararon la inmortalidad con la consagración excelsa de sus vidas; florea la gloria sobre sus nombres y sobre sus tumbas, la ofrenda.

Rugieron con furor de leones al lanzarse sobre la tierra árida del campo de batalla que se había de refrescar con sus sangres. La bandera flameante sobre sus cabezas al rosar sus frentes, enardecióles como una caricia de fuego, y enloquecidos, frenéticos, avanzaron, centellante la mirada, fulminando odio; hirviendo de ira el corazón, desbordándose en el pecho de lava ardiente de un valor feroz.

¡Duerman los divinos!

En la apoteosis sin fin de sus glorias, duermen sólo; el héroe no muere, reposa; reposa arrullado por la música inefable de la gratitud y el homenaje; fresco el laurel sobre la frente; absortas las pupilas en la contemplación del día que ellos alzarán sobre la madre Patria sepultada en la sombra; atento el oído a todo lo grandioso y triunfal que vibra en este girón de tierra, después que el grito atronador de sus pechos lo despertó de la afrentosa letargia.

¡Duerman los excelsos!

Duermen los románticos, los locos sublimes culpables e infortunados de la manía de divinizar. Aún iluminan el rostro exangües los esplendores de las inspiraciones sublimes que brotaron en la mente con fulgencias de soles.

Duermen las vírgenes idílicas que rodaron a la tumba con una floración de ilusiones en la mente y un nidal de parleras esperanzas en el corazón iluminado de aurora!

Duermen puras y núbiles en el fondo negro del sepulcro como gotas de aljófara celeste en el cáliz de un lirio.

Duermen tronchadas las rojas rosas que perfumaron las pestilencias del fango pútrido. Pálidas diosas del vicio que elevaron sus zócalos en medio del lodo negro.

¡Sílfides del pantano!

Y duermen los infortunados, flores glaucas acariciadas por el Hombre, jirones de sombra que vagaron por el suburbio. Inertes los miembros enclenques, descarnadas las mejillas de bonzo, -pétalos purpúreos descolorados por la nieve,- dolorosos los ojos que suplicaron con la mirada.

Duermen...mártires los más sublimes, viajeros los más míseros, porque llevaron desnudas las plantas sobre los riscos agudos de la ruta áspera; porque los rosales de la vida arrojaron en ella, en vez de pétalos, los tallos crueles.

Héroes de la más ruda contienda, cobijados por la bandera negra del infortunio, los más gloriosos porque lucharon con los brazos esqueléticos exhaustos y enervados, jadeantes cual ninguno.

Porque lucharon en la sombra, devorando un mísero pan negro humedecido de lágrimas. Y reposaron en el lecho frío y duro.

Porque lucharon impotentes y miserables arrastrándose como viles insectos cubiertos de polvo y afrenta.

¡Duermen los humillados!

Piadosa se abrió la tumba para recibirlos y cariñosa la muerte recostó sobre su

seno frío aquellos cuerpos descarnados, hambrientos y desnudos!

¡Cuadro sublime de dolor, de vileza y de ruina aquel de los rendidos, de los náufragos, los caídos y los mutilados, cuadro que cubre el ala de la muerte!

¡Quietud eterna, silencio inalterable!

Sólo el ruido de otro cuerpo al rodar; el férreo golpe del sepulturero abriendo la tierra; los pasos de los que van a dejar al hermano, al amigo, y se alejan lentos ellos, e inclinada la frente por los pensamientos tristes en el sendero desierto...

Reposen bajo los pétalos de las ofrendas, bajo las blancuras de las coronas, y sonreirán al sentir las, con la sonrisa de los dormidos, sonreirán felices bajo el roce de la mano querida que va a dejarles un recuerdo.

Duerman los tristes en espera de los seres amados que llegarán tarde o temprano a descansar sobre el mismo lecho, reclinados en la misma yerta almohada.

Duerman bajo las flores y las lágrimas, a la sombra de los piadosos cipreses que murmuran su monólogo eterno de gemebundos susurros, arrullados por la música triste de esos poetas lúgubres.

Y guarden junto a ellos, perdida entre el musgo la morada eterna a la soñadora angustiada que llegará, mustia la frente y ávidos de descanso los miembros, a ocultarse en el polvo mísero, rendida y triste como llegan los parias a reposar a la sombra de las palmeras del desierto!

LUCILA GODOY ALCAYAGA

La Compañía, noviembre 1^º de 1905

LITERATURA

JUNTO AL MAR

Junto al mar el coloso cuya inmensidad inspira un temor religioso, y cuyos misterios hacen mirarle con una superstición sagrada.

El mar posee un ESPÍRITU arcano al que acometen los más contrarios accesos. Es una mujer enamorada, a veces; una mujer que arrulla con una ternura inimitable de pasión; un bardo triste en otras, un bardo melancólico que puebla el silencio de las playas, con melodías de harpa pulsada en el seno de la noche por alguna amante espiritual y penosa. Es en otras, un maldito a que afligen horribles suplicios íntimos, que ahúlla, ruge e impreca, y hace temblar de miedo a las pescadorcitas que le escuchan desde sus lechos tibios, en la cabaña que se confunde con las dunas, en la extensión desierta...

En algunas noches, cuando sueño o lloro, bajo la techumbre espléndida, de fulgidas incrustaciones, los cielos estrellados, mi ser en ensueño, cree escuchar en él, el plañido de un alma hermana, romántica y angustiada, que responde al eco perdido de mis quejas; un alma que vaga por las soledades nocturnales y fluctisónas [sic] llorando un Ideal perdido ...!

Lo siento en otras, flagelar con oleajes rudos, los serenos, negros, desafidores picachos de las rocas; golpearse en oquecido; estremecer la playa con convulsiones trágicas de dislocado; estrellarse furibundo; rugir con voces broncas, y, por último, quedar en una calma de titán vencido, dejando escapar sólo algún sollozo ahogado, que se me antoja, el respirar fatigoso de un pecho cansado, después de la brega bárbara. Es la copia feliz de la Envidia -me digo- flagelándose, desgarrándose así mismo, en su enloquecimiento de serpe herida, maldiciendo, azotándose desesperada ante la vista exasperante de la grandeza ajena.

Se me figura también el rugido formidable de esos leones indómitos, furibundos como el rayo, sembradores del delirio en los campos muertos de la intelectualidad dormida: los apóstoles. Esos Elías de carro flamígero que llevan tras de sí, encadenadas por un Ideal fulgido y excelso, las turbas febricitantes de patriotismo; que pasan por la vida con estrépito de catástrofes, haciendo el cataclismo augusto de la revolución social; despertando las turbas somnolientas de esclavitud, con el huracán de su verbo; arrasando, como una ola de fuego, como un torbellino olímpico, las selvas de hombres, petrificados en la quietud de la inacción primitiva, haciendo alzar las cabezas agobiadas a los parias del socialismo y desafiar a los cielos con miradas fulminantes; haciendo con la palabra ¡libertad! derroches de rayos, florecimientos de volcanes e irradiaciones de auroras de sangre!

Se me figura también, entonces, el alma de esos miserables repulsivos de la humanidad, los avaros cuya fortuna tiene cimientos de cadáveres y cuya arca filtra sangre por todas partes; aquellos que tienen el pasado por obsesión y el remordimiento por látigo que azota los flancos del corazón.

El mar es la copia fiel del corazón humano, porque como él es presa de las sensaciones, las conmociones más diversas.

Ese mar que arrulla con su canto y acaricia con su oleaje lamiente, que siendo potente y grande, apenas roza y apenas murmura a las arenas de que es amante eterno ¿no representan al corazón rendido, demente de amor, que a pesar de ser como él, potente, se adormece, se vuelve débil cuando está dominado, absorbido por aquel sentimiento; y no tiene fuerza, ni voces, ni voluntad para otra cosa que para murmurar lánguidas cadencias y caer en la postración del vencimiento completo.

No es la hora del amor la que representa entonces, con sus voces desmayadas, sus aguas casi dormidas, su anonadamiento, su postración para agitarse y vocear con la fuerza propia de su grandeza?

¿No parece tímido ese coloso al rozar las arenas mínimas; no parece retroceder por temor de herirlas; retirarse respetuoso de ellas hacia su centro, como creyendo haberlas ofendido?

¿No es entonces la copa feliz de la postración y la demencia ante el Ídolo, aunque éste sea mísero, el temor, el respeto, que le transforman en esclavo, aunque sea monarca, que le vuelve débil aunque sea la personalidad de la fortaleza y el poder?

¿No siente el corazón todas las variaciones del mar, la sacudida del dolor, el estremecimiento trágico del odio y de la ira, el desasosiego del remordimiento y la convulsión horrenda de la desesperación?

Si pudiera verse el corazón humano, presa infeliz de las pasiones, nos espantaría como el mar en procela.

¿Habéis visto las nocturnas tempestades, sus cuadros tenebrosos, inefables?

¿Habéis sentido la tempestad del dolor sin fe y sin esperanza. ¡Comparadlas!

También el corazón tiene sus faros salvadores y sus arco iris pacificadores.

¿Sin ellos, que sería de él?

El mar es azul, es verde, es negro. El mismo mar se nos presenta bajo múltiples aspectos. En el primer color, simboliza a la ilusión, a la esperanza en el segundo, en el tercero a todas las COSAS TENEBROSAS de la Vida: al crimen, al odio, al rencor, a la venganza, a la traición.

También en un mismo corazón anidan sentimientos tan diversos, como diversas son las tonalidades que toma la superficie infinita del mar. Un mismo corazón ama y odia; un mismo corazón sirve de abrigo a la paloma cándida de la virtud, y sirve después de nido al búho negro del crimen.

¡De pie ante el mar! sobre una roca dominante de la playa! Se destaca ante mis ojos ávidos con toda su majestuosa inmensidad. Se besan lo dos infinitos: el infinito de las aguas y el infinito de los cielos. Ambos anonadan por su grandeza y su misterio.

He ahí porqué en ambos han querido encontrar a Dios. En los abismos del mar, algunos; en los abismos del cielo, otros ¡Y no hay para qué buscar a Dios en el misterio! Estamos sumergidos en Él, rodeados de Él, en Él mismo; somos un átomo suyo; le estamos viendo en las cosas y en los seres!

¡La Naturaleza, he ahí Dios!

La Creación, de la que somos ALGO; de la que La Tierra es una partícula ínfima quizás, pero siempre algo de ella.

Un miedo extraño nos domina, junto a este coloso todo misterio; y, sin embargo, cuantas veces cruzamos por el mundo, entre tempestades más terrificantes que las suyas; cuantas veces entregamos nuestro corazón a otro más pérfido, más encubridor que ese mar voluble que bajo esa superficie serena y plateada, oculta; qué abismos, qué entrañas, qué seno tan negro e insondable! Y la vida entre la humanidad, no nos inspira pavor.

Trae la noche triste el narcótico del sueño para todos los humanos; sólo dos insomnes velamos perdidos en la sombra y el silencio: el mar y yo.

Se mecen en las auras nocturnas, sus quejas y las mías confundidas en una angustiada armonía, formando algo así como una sinfonía de gemidos que sube lentamente a los cielos en el seno de la noche sombría. Gime él, ante la soledad inalterable de la playa extensa y solitaria; gima mi corazón ante la desolación triste de mi porvenir devastado, talado de esperanzas y de glorias.

Ambos somos tristes por misión, tristes por destinos ¡preguntarle a él, qué llora! Turban la monotonía de su superficie serena, unas que otras gaviotas que baten las alas sobre el cristal azulejo que retrata sus formas fugitivas. También suelen cruzar en la monotonía triste de mi tedio, mi desencanto y mi soledad, algunas fugaces esperanzas de porvenir, que tienen el aspecto de campos en un cielo sombrío; pasan ligeras, dejando sólo una estela temblorosa, que oscila, palidece y muere

Junto al mar, el oleaje ni ruge ni canta. ¿Por qué has enmudecido? ¿Es que escuchas mi canto, inmenso mar?

LUCILA GODOY ALCAYAGA

La Compañía, mayo de 1906

DE UN EPISTOLARIO DE MUJER

Abandonemos ya el romanticismo: él viene a la adolescencia; en la juventud es grotesco.

Todos los sentimientos son en el corazón lo que surcos hechos en la arena: profundos o leves, van llenándose tan lenta como ineludiblemente hasta desaparecer por completo.

Las pasiones más intensas son bajo la acción del tiempo lo que rosas rojas bajo la caricia del sol: se descoloran poco a poco hasta quedar con ese tinte blanco amarillento que simboliza al olvido.

¿Qué queréis? El tiempo transcurrido desde «entonces» hasta hoy, que es largo, y la ausencia, ¡oh! La ausencia que hace degenerar, ajarse, demolerse toda COSA PSÍQUICA!

Preguntadle a las hondas cavernas por qué en su fondo se siente el frío y os responderán que es eso por la larga distancia que media entre ellas y aquel que lo emana: el Dios Sol. Preguntadle así mismo al corazón del ausente el por qué se entumece y os dirá que su hielo deplorable, es causa, de la lejanía del Ídolo que emite el amor como rayos el astro.

La presencia no se sustituye con nada: el recuerdo es proyección desfigurada; toda evocación es borrosa; la remembranza, es crepúsculo que cae ineludiblemente en la noche calmada del olvido. Y éste es señor del mundo psíquico como la muerte es emperatriz del físico: en sus senos míseros no cabe la alteza incomparable de lo ETERNO; abren sus abismos bajo todo aquello que ya ha vivido bastante y lo sumergen en su noche horrorosa e infinita -do es imposible ir a clamar por ellos porque es necesaria su destrucción para la formación de la «vida nueva».



Y no se olvida porque se quiere como no se muere porque se desea: ley natural se cumple inmutablemente.

No rueda, brusco como un torrente el olvido sobre nuestras pasiones; viene como la nocturna sombra hacia un paisaje: lenta pero inexorable.

Y yo he olvidado. No por la miseria espiritual de que acusan los sublimes pero infelices poetas locos a sus ideales terrenos, no; sino por la acción del tiempo que tanto hace agostarse y caer las hojas de los rosales en nuestro huerto, como hace languidecer y morir las afecciones dentro de nuestro pecho.

No me culpes: él y la ausencia lo han hecho. ¿No sabíais acaso que era ésa la obra que realizan eternamente?

¿Con ellos hemos de imitarlos?

No pues que hacen sólo un bien.

¡Nada perdura sobre la triste tierra, ni siquiera el dolor! Tanto cicatriza la herida que hace el hacha en el tronco del árbol como las que aquel deja en el pobre corazón humano. El rocío no se eterniza sobre la corola de las gentiles del valle ni el llanto en las mejillas de una mujer.

Hay algo que alimenta y mantiene DE PIE el amor: la presencia continua del Ídolo. Es a éste lo que el tallo a la flor.

En un sólo árbol anidan en cada primavera, distintos alados huéspedes; un retazo de suelo da vida en diversas épocas a diversas floraciones: así el corazón con sus parásitos los sentimientos. Se viste y se desnuda constantemente de ilusiones, fecundo como la naturaleza.

El pasado pertenece al olvido como el cadáver al sepulcro. En el voluble mar del corazón humano, sólo el presente flota, aquél reposa en el fondo



L. G. A.

1907

FILOSOFÍA

No hay absoluta maldad como no hay absoluta virtud.

De nada podemos estar más orgullosos que de la independencia de nuestro corazón.

Creer en todo lo malo y dudar de lo bueno de la Humanidad, es lo que debemos hacer para no llorar jamás desencantos.

Desagradables a la vista, como los cardos en los jardines, somos los pobres en la sociedad; armemos nuestra *fealdad* de fiereza, como aquellos de espinas la suya, para que, aunque odiándonos, nos dejen tranquilos por temerosos.

¿Qué es la vida?

- Algo triste hasta la angustia; cómico hasta lo ridículo, hasta lo grave serio; fútil hasta lo despreciable, trágico hasta el horror y hasta la monstruosidad feo: Inspira miedo, compasión repugnancia.

¿Qué es el hombre en la vida?

- Saltimbanqui, héroe, loco, bestia, idiota: Todo menos un sabio, todo menos un cuerdo.

La dicha es en la existencia lo que la espuma en la ola, lo más bello y lo más frágil. Ha sido hecha para ser mirada y deseada, no tocada ni poseída.

ALGUIEN

La Serena, mayo - 1907

RECUERDOS

(De una excelsa muerta)

Hará dos años que desde estas mismas columnas un artículo suyo me la reveló. Era una prosa correcta, sencilla y agradable en la forma; grandiosa casi sublime en el fondo. Me agradó profundamente; más que eso: me entusiasmó. Inspiraba esas líneas lo noble que pueda inspirar una intelectualidad; lo más hermoso que pueda llenar sus obras: el amor al pueblo; al bajo y triste pueblo; el niño desnudo, y repugnante en su aspecto, y bello bajo su repugnancia; bello, tierno y bueno. Hablaba de su regeneración *por la instrucción, y por la benevolencia de la Matrona Aristocracia*. Todo eso con un tono dulce y cadencioso: nada de la altisonancia anárquica; bien se veía que de una mujer salían esas notas. Sí, pero una mujer que debió ser el tipo más adorable del sexo. ¡Quién la hubiera conocido personalmente! Hablaría aquí de su personalidad moral con tanto o mayor ardor como el que empleo alabando la intelectual.

Pensé en escribirle, sí, ¿qué extraño es que exista una correspondencia entre los hermanos del alma si la hay, y se la hace deber, entre aquellos que nada tienen de común fuera del nombre, con nosotros? Por algunos momentos divagué sobre lo que sería aquella Ana Luisa Robert; y dígoles con verdad: no imaginé de ella sino mucha belleza. Pensé en su vida ¿Cómo viviría en ese pueblo pequeño, poblado de «pequeñeces» aquella forma grande? Soñé que triste como una solitaria. Lo son las almas superiores cuando se abren a la vida en lugares donde reina absoluta la vulgaridad. Viven aisladas; dolorosas huérfanas. A pesar de ser bella la palma del desierto, ¿no es triste su grandeza solitaria? Contemplando la fuente de inspiración en que bebía, engrandeció más su figura en mi mente; me humilló; pueril, mezquina y desprovista de toda sublimidad, me encontré cultivando la literatura para lanzar en la frase las quejas de mis melancolías: miserable egoístamente; me vi pueril ante ella que ensayaba la burilación de la belleza para que su demanda generosa, su llamamiento augusto llevara un atractivo mayor en favor del éxito: apóstol antes que artista; bordaba su estandarte para atraer hacia él.

Dejé al tiempo la realización de mi pensamiento, y pasaron los días. Pero su nombre yo no olvidaba, y hace muy poco, volvió a mi mente su recuerdo, y le escribí. La contestación nunca llegó; silencio misterioso siguió a mi carta. Y hubiera pensado en que ella había sufrido el extravío si ayer hablando a alguien sobre este asunto extraño no se me hubiera descubierto el acontecimiento tremendo: ¡Era muerta Ana Luisa Robert!

Murió, me dijeron, y tal frase, sus amigas no debieron oírla con menos sorpresa y sentimiento. La amé sin conocerla porque era buena, alta y eficazmente buena; la estimé porque era inteligente; sentí su muerte porque esos dos grandes dones suyos pudieron realizar toda una obra en bien de aquel a quien compadecía como a un desgraciado y quería como a un hijo: el pueblo.

Y pregunté pormenores de su vida. ¡supe que murió a los dieciséis años!

¡Quién hubiera alcanzado a llamarla hermana y aplaudirla! Hoy, sólo me es dado honrar su memoria y bendecir su juventud, esbozo de algo que habría sido excelso. Tardío se hallará el tributo, el «In Memoriam» inoportuno; pero, si se escribiera algo igual conmemorando a Hugo, se hallaría torpe la idea? No; sobre tumbas como éstas no se llora sólo al cerrarla sino hasta que la ceniza ha desaparecido. Sin abogar con tal frenesí por «los bajos» no los amó menos que el «Sol» aquella mujer-ángel.

Es triste, es hondamente deplorable, que el sepulcro se haya abierto en el comienzo de la ruta para esa «luminosa peregrina».

Seres como éstos son en la humanidad mala y repugnante, lo que las flores sobre la tierra árida o fangosa, y como ellas son de fugaces: su delicadeza es causa del tronchamiento prematuro; no eran para estas regiones; lo dice su organismo psíquico que al huracán de la existencia humana no fueron destinadas.

La muerte, como los grandes infames, elige para su abrazo monstruoso lo más exquisito y precioso del mundo, y deja perdurar sobre él a los miserables porque hasta a ella les son repulsivos.

LUCILA GODOY ALCAYAGA
La Serena, julio de 1907

ÍNTIMAS

A «ELLA», LA ÚNICA

Si cada producción literaria es una flor,
bien pudiera llamar esto un ramillete
Sea; llegue a tus manos;
contémplo tus ojos algunos momentos;
embriáguete su aguda adorancia;
y puede que si te agrada, caigan sobre él los
delicados labios como una mariposa ...

Ya sé que partirás; ya sé que tu paso por mi vida será breve como el de la estrella fugaz en el cielo por lo que te arrancará de mi lado el mundo porque no puede soportar el ver que orea en mis mejillas la humedad del llanto y mi sombra ha clareado; ya sé que quedaré sin ti, como ya, en época lejana, quedé sin otros seres que eran más que carne de mi carne y alma de mi alma; eran yo misma; ya sé que en breve, ciegas estarán mis pupilas porque vas a desaparecer y eres mi sol, muda, enlutada mi lira: huérfana de su divina musa; ya lo sé: triste me lo confiaste y te escuché desesperada; venían a tus ojos las lágrimas: mi dolor era más grande que el dolor que llora. Mas, decidme: Cuando desaparezca de tu vista ¿desapareceré también de tu corazón? ¿Borrosa me verás con la mente como las tierras en que quedo con las pupilas? Oh, la lejanía del pasado! ¿Me olvidarás? No estarás a mi lado, pero estarás dentro de mí. Me privarán de verte con los ojos; ¿impedirán que te vea con el alma? *Yo no te olvidaré!*

No te alejes de mí. De los días que a mi lado te resta pasar, no me robes una hora, un instante. Ciégame con el esplendor de tu presencia, ya vendrá la negra, la eterna noche: Ausencia. Háblame, mi ruiseñor adorable y adorado cuyo acento acaricia y embriaga, mi fugitivo ruiseñor que, de paso, una mañana inolvidable, en el reseco rosal de mi vida te posaste ... háblame; ya luego se extenderá en mi torno el silencio que rodea las tumbas; las ruinas, todas las cosas tristes y abandonadas ... Háblame; vacía en mi alma todas tus mieles, quiero agotarlas, agotarlas porque no me estaré a tu lado para recibirlas y saborearlas.

Déjame contemplarte, ¡oh mi sol que sobre tierras extrañas irradiarás y guiarás otros ojos, y alumbrarás otras sombras, florearás otras sendas. Abrígueme tu luz ya vendrá la noche helada: Abandono.

Óyeme: déjame que te hable, largamente, confiadamente: de mi afecto porque el mundo no te brindará otro igual; -rosa sin espinas- de mi sino, de mi pena, porque ya se sellarán mis labios a la confidencia.

Déjame que te hable: porque en la selva enmarañada de las populosidades

donde se perderá tu forma a mi vista, entre mil ecos que llegarán a tu oído, no reconocerás el mío nunca ... Déjame que te hable; porque luego, muy luego quizás la Tierra no me contará entre sus parásitos míseros, la Humanidad entre su caravana fatigada: «Quién no halla en el mundo la felicidad debe buscar al menos la tranquilidad en la tumba».

Partirás, y para siempre; serán nuestras palabras de despedida, éstas: «¡Hasta después de la Vida! ¡Al otro lado del sepulcro espérenme tus brazos!».

Y sola quedaré en una psíquica noche más helada, más negra que la noche terrestre; porque eres mi único astro, recuérdalo; único y te ocultas!

Vendrán los días, los aciagos días, en que aunque estemos juntos no hemos de cambiar una frase tierna ni cruzar una mirada cariñosa; porque guardas incansables nos velarán, estúpidos guardas que creen hacer morir nuestro afecto, con perseguirlo y castigarlo. Será éste entonces, lava encerrada, torrente obstaculizado: si aquella rompe la cárcel de piedra y el otro atropella estruendoso y triunfal la valla, él, ¿qué hará?

Necio, mil veces necio espionaje. Verán los ojos mirarse indiferentes, los labios dialogar fríos, y gozarán creyendo vencer: los corazones que hierven bajo el pecho los adivinarán? Y, si los adivinan, los abrirán para arrancarles las ascuas?

Déjalos que nos cambatan; que aten las manos para impedir la caricia; que nos coloquen lejanos para hacer imposible todo roce, toda intimidad; atadas las manos nos acariciaremos, a leguas de distancia nos estrecharemos; con el pensamiento, libre, dichosamente libre.

Al corazón cuando si se le ordena amar, odia; si se le obliga a odiar, ama: es el rebelde eterno, el sublime, adorable rebelde. Él ríe de todo poder; él burla todo mandato, hasta el manto de la razón: burlará el que hoy escucha, el irrisorio, torpe, grotesco que hoy recibe?

Déjalos; cuando del tronco extraída la savia, éste viva; cortadas las alas al ave, ésta se encumbra, tu vivirás sin mi afecto, yo sin el tuyo.

Déjalos; cuando el sol muestre otra faz, mi existencia mostrará una amistad nueva; cuando deje de ser uno, seremos dos nosotros. Mientras su luz sea en la Tierra para fecundarla y embellecerla, tu cariño será en mi corazón, pues que también lo fecunda, pues que también lo embellece ...

ALMA

La Serena, octubre de 1907

LECTURA AMENA

CARTA ÍNTIMA

«A aquella que es mucho más que mi amiga, y algo más que mi hermana».

¡Oh! que día tan triste! No creas que su cielo negro, su más gris me hacen hallarle así; días nublados fueron las que pasaste a mi lado, sin embargo cuando los evoco se me presentan a la imaginación como los más preciosos de hoy, y al cantarlos diría que pasaron bajo un cielo diáfano.

¡Qué día tan triste! Lo digo por mi alma no por la naturaleza; mucho la amo pero no hasta hacer mía su tristeza, una fraternidad tal no ha tenido ella conmigo ¡cuántas veces cuando en mi corazón está la muerte, cruel y profana, se ha engalanado con esplendores deslumbrantes de sol, ha prorrumpido en carcajadas de trinos y se ha coronado de rojas y frescas rosas! Hablo de tristeza por mi alma, mi pobre alma. Si la vieras... Nunca el horizonte ha mostrado tanta oscuridad. Si la oyeras quejarse ... La ola moribunda nunca ha gemido como ella; el ave sin nido después de la tempestad no ha dado al aire lamentos de una ternura dolorosa igual, ni aún el ábrego en las noches de borrasca cuando aúlla desesperadamente. Tú que dices amarla, tú que dices compadecerla, tener por ella cuando la ves sufrir el sentimiento que inspira un jazmín abatido por el viento con golpes bestiales, un mirlo herido que aletea incorporándose; la inconcebiblemente tierna, la que tú sabes este dolor da, por su roce con la vida, como el cuerpo de un niño mártir lo está en la tortura, ella, soporta hoy sobre su gracilidad de flor el fardo de la pena, más bárbaro que nunca: te habla bajo ese suplicio.

Mecerás, teniendo en los labios, fresca aún la miel que los últimos días les vaciaron hasta el exceso al volver la gota del antiguo, ya olvidado filtro a humedecerlos, pueden comprender el doloroso gesto. Me creerás: si permanecieras largo tiempo fija la pupila en el sol, y cegadas las llevaras después a la boca de un abismo ¿qué te pasaría?

Yo no te diré: ¿Por qué te fuiste? al destino no te hizo hoja de mi árbol, eso sería ridículo, pero sí, y como un severo reproche puedo preguntarte: ¿Por qué viviste a mi lado ese tiempo? Tu bondad fue una saña, fue un refinamiento de crueldad, bien veías como tu partida había de dejarme.

Todo me habla de ti; en el hogar, fuera de él, adonde enderezo mis pasos, en todo sitio en que hay aire, hay recuerdos para el pobre corazón que ya quiere huirles a fuerza de sufrir por albergarlos tanto. La actividad me hiere y vengo hacia la soledad; lo que es verdaderamente el imperio de la remembranza ¿qué hará en este ser a quien el vacío del presente hace necrodúlico loco del pasado? Alejándome de la ciudad he llegado a ese camino solitario que en tardes de placidez dulcísima

hemos andado juntas ¿recuerdas? Tu brazo se apoyaba en el mío, caminábamos la ventura fijos, los ojos en el ocaso cuya belleza crepuscular dominábamos ampliamente; cosas íntimas te hablaba, mi vida, mi antiguo dolor, mi infortunio incomparable, revelados te fueron en estos lugares, a estas horas; y el consuelo, y la esperanza, y la ternura, conocidas fueron por mi alma angustiada y huérfana, y conocidas como nadie quizás las ha escuchado ni recibido sobre la tierra ¿Hay palabras que iguallen a las que tus labios profieren? Ambrosía guarda todo cáliz de flor, pero la de algunas es odiosa, la de otras siendo grata es venenosa; así la temeza de los corazones, así sus afectos. ¡Oh ambrosía deliciosa y vivificadora la que fluye de tus labios y que yo he gozado y a la que tal vez debo vivir aún! ¡Bendita sea, bendita como la que poseen los labios maternos, y todos aquellos que cantan el amor que es rosa sin espinas incógnitas, nieve sin lodo!

He pasado por el rosal silvestre al que robé una vez sus blancas flores para prenderlas entre las ondas negras de tus cabellos preciosos, para adornar, como te dije, *tu cabeza incomparable*; cargado está de rosas más bellas que las de entonces; parecía ofrecérmelas: me detuve un momento a contemplarlo y recordarte, movidas por la brisa de la tarde, las rosas me acariciaban, y yo pensé, viéndolas, en la caricia de tus manos, y de todo aquello que es de una belleza grácil: la ilusión, la dicha. Luego, hollando la grama verde, la yerba crecida, en las orillas apartadas del sendero, recordé tu último cuadro, aquel en que tan bien la copiaste. ¡Oh tú la que para inspirarme un afecto igual, debías de ser artista!

Ayer ... hoy ... ¿Cómo puede pasarse en tan breve tiempo de la alegría delirante a la pena profunda? ¿Qué juguetes de la vida son éstos? para mañana ¿qué nos reserva el destino? Ya no puede llamársele ni cruel, sólo puede decirse loco, no es sino eso.

¿Volverá? Sí; la noche tiene aurora. Hasta el árbol sin hojas y sin nidos, copia de mi corazón, siente invadir su médula oleadas de savia bienhechora, reverdecer el amarillo tronco, y luego crecer hasta enredarse las ramas; y formarse el follaje; y revolotear entre él los alados parleros. Yo soy más que eso; soy un alma ... Te veré llegar un día, como la vida, como la belleza, como la alegría.

Ya el crepúsculo rueda tras el mar; ya la luz ha dejado de señalarme el espacio blanco en la hoja que para ti lleno; sigo sin embargo, porque el reflejo de mi afecto infinito debe ser siquiera inmenso: mi carta es ese reflejo.

¿Qué sentirá leyéndola tu corazón? ¿Qué expresión al recorrerla tendrán tus ojos? ¿Qué palabras saldrán de tus labios después, al hablar de ella?

Hasta luego ... Quedo en espera de tu carta, que me la sueño dulce, que me la sueño bella.

LUCILA GODOY ALCAYAGA
La Serena, enero de 1908

LETRAS

DEL PASADO

¿Por qué pasaron, mi querida Delia,
las dulces horas, los tranquilos días
en que fue tu amistad campo de flores
que ante mis tristes ojos entendías?

¿Dónde quedó, perdida en los zarzales
de mi suerte de paria, aquella vida,
como la del Edén dulce y serena,
como la del Edén, también perdida?

¡Ya no puede tomar! Así lo dice
cruel en mi oído un eco misterioso;
no vuelve nunca aquello que se llama,
cae en la muerte cuanto ha sido hermoso.

Veré empezar y terminar los años,
y morir una y otra primavera,
y seguiré aguardando ... pero en vano,
te he perdido por siempre ¡quién creyera!

Otro es mi hogar, y será el tuyo en breve
otro nuevo también, bajo otros cielos;
otro es tu corazón, otros los seres
a quienes tu virtud dará consuelos.

Nada queda del fúlgido pasado
un recuerdo, es verdad, pero en mí solo,
pues de mi cruzamiento en tu camino
borras las huellas, cual se borra un dolor.

Y las flores de bien, que derramaste
en mi existir, no fueron, no, perdidas,
y gratitud te guardo, aunque eres otra,
y mi afecto también, aunque me olvidas.

¡Soy muy falta! Parezco una maldita
Mi martirio aventaja a otros martirios
Es sin luna mi noche, y es mi invierno
sin violetas, sin juncos y sin lirios.

Hay inmensa razón en tu abandono:
¿qué harías compartiendo mi existencia
si no sentir al par de mi desdicha
y sollozar al par de mi dolencia?

¿A do irías conmigo? Al hondo abismo
en él, al fin se detendrán mis pasos,
otra mártir serías, como aquella
que ha veinte años me apoya con sus brazos.

¡No existe la amistad! Es fugaz lampo
que un instante ilumina y desaparece;
no existe esa amistad eterna y noble
que encontrar en el mundo nos parece.

Hoy comprendo bien, hoy, presencio
la ruina de mi sueño más querido
hoy que asisto al trastorno de tu alma,
toda ternura ayer, y hoy toda olvido.

¡Ah! déjame llorar, así aferrada
a mis recuerdos caros y angustiosos.
Puedo pasar el resto de mi vida
esos lapsos cantando, tan dichosos!

GABRIELA MISTRAL

Julio 1908

RIMAS

De mi fatalidad para el auxilio
hacia el cielo clamé,
y, por un largo tiempo, la quimera
luminosa aguardé.

Cansada de esperar, me dije: Indigna
soy de tal protector
y al averno grité, fue tan sensible,
como el otro a mi voz.

Quise en la confusión de las ciudades
mi angustia adormecer;
a ellas fui, y autómata, aturdida,
por sus calles vagué.

Y me hirió su avalancha febricente
como un yunque brutal;
y huí enloquecida hacia mi madre,
mi madre Soledad.

Y es mi vida de calma y de silencio
cayó el cuervo dolor,
festín no interrumpido hace hora a hora
aquí en mi corazón.

¿A do iré? Negra sombra me persigue.
A Jehová no oí
maldecir mi existencia, pero siento
que, en verdad soy Caín.

GABRIELA MISTRAL

1908

LETRAS

RIMAS

Indiferente, miro del espacio
 desaparecer el sol
 ¿Y si vuelvo a verlo? Y si mi día
 postrero fuera el hoy?

Indiferente, con mi madre anciana
 trato un tema vulgar
 ¿Y si fuera la última esta noche?
 ¡La voy a acariciar!

GABRIELA MISTRAL

1908

GABRIELA MISTRAL

1908

DESPUÉS DE LA LLUVIA

Cesó la lluvia de caer. La brisa
ora la humedad de la llanura:
la huella de mis llanto y mi amargura
en mi rostro no borra la sonrisa.

Como si fuera un fardo de dolores,
dejan caer las rosas su rocío.
y yo le digo al cielo: «El fardo mío
hacer pudiste cual el de esas flores».

El Dios Invierno con su mano artera
luto dio al cielo azul y al alma mía:
ése, lo ha soportado sólo un día,
ella, lo ha de llevar la vida entera!

GABRIELA MISTRAL

1908

INSERCIONES

UN RECUERDO

de la que fue Jovita Aguilar P.

I

Inclinó su frente, su bella frente blanca de rosa enferma, mucho antes de la tarde; poco después del beso de la aurora. Feliz, pues que no alcanzó a desvanecer su perfume; feliz, pues que rodó con blancura en la corola.

Yo la vi en sus postreros días sonriente, dulce, hablar con las amigas que tan pronto la habían de perder, y nunca pensé que el sepulcro estuviera tan cerca de esos labios bondadosos en que la mueca del desprecio ni el pliegue duro del odio se vieron.

Así rodó silenciosa, tal como se deshojan las rosas, como se deslizan las lágrimas.

Fue mi amiga. Yo gustaba de su trato afable, de su palabra suave y sencilla, de su rostro apacible y bello; yo veía a través de ellos un alma, exenta de la agitación de las pasiones, un alma de niña, como ya quedan tan pocas.

Fue mi amiga. La distancia no me permitió ir allá con una blanca corona para su féretro que la amistad adornó como un altar de virgen, mas mi corazón tuvo lágrimas para llorarla desde lejos, y esta página, lágrima es también, que yo reparto entre su losa y el hogar que dejó tributo allá, acá consuelo.

II

Yo no te ofrezco una plegaria, alma blanca en que la virtud llenaba; sería como ofrecer un lirio a la Primavera; es un recuerdo que te debía, es el adiós de amiga, tardío como el de la última que desde aquí te evoca.

Alma feliz que la fiereza de la vida ya no hiere, alma pura que la ignominia de este suelo ya no toca, pues que supiste de los dolores de la Tierra, pues que ya descansas, pide tu dicha para nosotras. Para mí perseguida de la fatalidad, ola cansada que pide en un grito la playa. Luz para mi paso, tú que eres un astro; una flor de tus flores, una gota de tus mieles. Si dado te es recordar, recuérdanos!

LUCILA GODOY ALCAYAGA

Cantera, diciembre de 1908

EL COQUIMBO

Periódico Radical

Año XXX	La Serena, 1909	Núm 0000
---------	-----------------	----------

agosto	21	:	SOBRE UN CENTENARIO. Ideas de una maestra.
--------	----	---	--

noviembre	9	:	ENTRE LOS MUERTOS
-----------	---	---	-------------------

Año XXXI	La Serena, 1910	Núm 0000
----------	-----------------	----------

septiembre	3	:	VENTAJOSO CANJE
------------	---	---	-----------------

Año XXXIII	La Serena, 1912	Núm 0000
------------	-----------------	----------

enero	27	:	EVOcando EL TERRUÑO
-------	----	---	---------------------

Año XXXIV	La Serena, 1913	Núm 0000
-----------	-----------------	----------

octubre	30	:	POESÍAS ESCOLARES: HIMNO AL ÁRBOL. (A don Rafael Díaz Lira)
---------	----	---	--

Año XXXV	La Serena, 1914	Núm 0000
----------	-----------------	----------

febrero	21	:	TARDE
---------	----	---	-------

SOBRE EL CENTENARIO IDEAS DE UNA MAESTRA

Impuesta la suscrita de la Circular Nº 97 de la Inspección General de Instrucción Primaria, transcrita por esa Visitación, tiene el placer de emitir en seguida con el entusiasmo e interés que comunica el patriotismo sus modestas opiniones sobre el mejor modo de celebrar el próximo Centenario.

Muchas ideas sugiere tan importante asunto, pero no pienso anunciar sino la que juzgo más atendible, porque su realización no sería el motivo de pasajera diversión popular que constituye las fiestas acostumbradas en tales circunstancias, sino un verdadero movimiento de progreso nacional y una utilidad suprema y duradera. Aludo a la Instrucción Primaria Obligatoria.

Con la realización de este proyecto soñamos todos los que sentimos las necesidades profundas del pueblo, no bastando a conformarnos con su postergación las razones dadas sobre ella, razones de economía principalmente. Hemos dicho: «Las grandes obras exigen los grandes sacrificios, pero los merecen, y la consideración de los bienes que reportan hacen olvidarlos o atenuarlos». También lo que vamos a conmemorar fue obra de un sacrificio inmenso, verificado a pesar de obstáculos múltiples.

Sería inútil una disertación sobre la importancia suma que encarna este asunto, sobre las causas que claman porque se verifique. Toda persona de cerebro y corazón, reconoce sus ventajas; estamos acorde en la declaración de esta necesidad. Pero quiero insistir en que ella es imperiosa. No se trata de algo cuya postergación signifique *la postergación de un beneficio*, cuya conveniencia es mucha pero que podemos, sin perjudicarnos, aguardar un tiempo más; se trata del *sostenimiento de un mal lamentable*. Así lo considera mi humilde criterio y así francamente lo expresa. Este mal es que, en plena era de progreso, y en un país como el nuestro, que no tiene mucho que envidiar a otros en adelanto intelectual, la cifra de analfabetos es abrumadora. Vano es el empeño que buenos Gobiernos han manifestado de difundir la instrucción popular dotando de Escuelas a las más pequeñas poblaciones; pues no siendo reconocida por todos lo imprescindible de la Instrucción la asistencia a esas Escuelas es escasa ya sea la causa de esto la ignorancia de los padres o sus estrecheces pecuniarias, a las que ponen remedio dando participación a las niñas en sus faenas, desde edad inadecuada, uno u otro motivo surgieren lo necesario de que la ley imponga, como otro cualesquiera, el *deber* de los padres sobre la instrucción de sus hijos, el castigo por la omisión en su cumplimiento.

Demos el gran paso que otras naciones -algunas inferiores a Chile bajo otros puntos- han dado ya. Conmemoremos así aquel paso gigantesco que de la esclavitud a la libertad dieran resueltamente, nuestros antepasados. Dios guarde a Ud.

LUCILAGODOYALCAYAGA
Preceptora de la Escuela Mixta Nº 17.

LECTURA AMENA
ENTRE LOS MUERTOS

¿Tristeza? En los detalles, en el conjunto este cementerio es casi alegre con la multiplicidad forestal de sus cruces y sus rejas claras. Los árboles, entre éstos, ponen su nota ya melancólica, ya sonriente: aquí un grupo de cipreses con la mancha negra de su duelo intenso, allá una madre selva florecida, un álamo joven.

Hay rejas festivas como una primavera, guardando la muerte son más bellas que si encerrarán la vida misma. Me acerco a una de azul pálido: por sus huecos asoman nardos blancos y perfuman su sitio y el de los muertos vecinos, parece una cuna desbordando encajes, sugiere así la imagen de un niño o una virgen que fue bella, que fue amada, y que por eso duerme bajo corolas odorantes...

Leo: M.S. 104 años... ¡Este jardín delicioso guardando la ruina deforme de un cuerpo centenario... Mi pensamiento penetra con las raíces de los nardos hasta la hondura donde ellas hallan su savia, en el seno mismo de la víscera repugnante.

Cielo azul, sol glorioso; ponen un palio diáfano sobre la fiesta lúgubre. Yo gusto de que se haga gozoso el día de la muerte, y se pongan sobre los sepulcros cosas ligeras, dones regocijantes, para dulcificarla a Ella, un poco -sólo un poco- más amarga que la vida también se dulcifica. En el viento, las olas mandan su frescura como las olas que cantan en la cercana playa. En las tardes meditativas, en las noches augustas, los follajes, sonoros a su paso, dicen la oración de sus hojas, pausada o atropelladamente, meciéndose, agitándose. Esa oración, la única constante; la de los amigos sólo un día, éste, y menos fervorosa. ¿Lágrimas? Las de las nubes generosas, las del cielo sereno en la alta noche, ojos humanos no las lloran tan copiosas y puras.

Cuando la lluvia cae, tristemente, apaciblemente, su rumor debe evocarles la vida de afuera, la invisible vida de la tierra externa cuyo eco apagado suele llegarle: el sollozo de una garganta amarga, los pasos ¡ay! esperados día a día de la visitante ingrata que tarda tanto.

Y al pasar el invierno, la amable, la opulenta primavera, hace de todo este suelo un solo jirón verde; yerbas amorosas, césped espeso, le cubren: inmenso consuelo de belleza sobre la fealdad que oculta, don inmenso de alegría sobre su tristeza hondísima.

Es más pródiga que estos huéspedes mezquinos que van buscando nombres y fechas para dejar la ofrenda: ella la extiende en todos los sepulcros, no pregunta si aquel es de amigo o de deudo. La coloca hasta el pie de esas crucesillas inverosímiles que con dos ramas frágiles del álamo cercano hizo algún pobre deudo... ¡Qué tristeza! La sola brisa las inclina; no las derriba, sin embargo, como si le conmoviera la miseria casi grotesca de sus arqueados brazos de leño rústico. En fin, ya no quedaron nuestros muertos sin el símbolo santo -pensaron los que vinieron a dejarles- tienen, además otra señal fuera del promontorio de tierra que la lluvia nivela en breve.

¡El símbolo! No ha de quedar una tumba sin él. Porque a través de los yermos,

todos estos fueron Cristos doloridos que la llevaron de tumbo en tumbo, aún bajo los follajes floridos de la juventud, en la ancianidad exhausta, hasta este sitio. Y de quedar alzada encima de la carne que rindiera, diciendo: «aquí yace un dolor».

Primavera es también reparadora de los grandes errores; ved si no, lo que hace con todo este retazo de suelo en que duermen miserables: durante su reinado, es un derroche maravilloso de pétalos el que cae aquí; es como si esos cuerpos de parias dieran a la tierra el vigor milagroso de tales floraciones. Yo he visto en contorno a los altivos mausoleos levantar las ortigas sus tallos ásperos, en tanto que acá, suave, compacta, la grama embellece la miseria del suelo desnudo, de la sepultura sin lápida.

El sol, el cariñoso sol, entibia en el verano el lecho de estos que duermen bajo el cielo, sin el amparo helado de la bóveda marmórea o la losa ruda, a merced del viento que suele barrerles este manto sucio de polvo que les esconde, a merced también de sus rayos, a veces demasiado cálidos, que les dejan su calor hasta entrada la noche.

Cargados de coronas los visitantes se esparcen por la ciudad silenciosa, entre el laberinto de maderos erguidos.

Los muertos afortunados reciben el don -¡ay! demasiado valioso para muertos!- de esos pesados medallones que mañana, hoy tarde tal vez, les serán quitados... En las cruces desteñidas, en las rejas ruinosas que los deudos no renuevan, cuelgan coronas de papel casi festivas, rojas, pintadas... Son de aldeanos; las han preferido a los jazmines de sus huertos rebozantes que mueren muy pronto. ¡Felices los que sienten al través de la ligera capa de tierra la frescura de la hoja verde y el perfume de la multiflor abierta! Estas coronas colorantes son tan lamentables como los medallones magníficos. Un día más y ellos habrán desaparecido, y ellas desoladas han de rodar barridas por el viento. Y las cruces quedarán en la misma desolación con sus brazos extendidos que piden el abrazo de la amante hiedra.

¡Flores, muchas flores! Siento un deseo intenso de haber llegado agobiada de ellas para alcanzar a cubrir tantas tumbas huérfanas que parece pedir las suplicantes desde sus rincones olvidados, cuando paso junto a ellas. Y sintiendo la tristeza de su tristeza, pienso en mis muertos de otros cementerios, también ellos sin una rama fresca, desnudos entre los demás engalanados allá lejos, muy lejos...!

Ya dejo la ciudad silenciosa.

Al salir, una fila de nichos atrae la mirada. El primero de los vacíos parece mirar con su largo hueco oscuro, helado como la pupila de la muerte que eligiera su huésped N^o 36... ¿Me aguardará? ¿El obrero que acaba de terminarlo, inconsciente él también como el destino lo ha hecho para mí?

No; porque mi lecho está allá, mi último lecho, a pleno sol, bajo la mirada de las estrellas, sombreado por las nubes, acariciado por la lluvia, dorado por el sol, cubierto -si algo lo cubre- por una madre selva...

Allí, de la fusión impura de la tierra parduzca con la carne deleznable, brotando una violeta blanca. ¿O decís acaso, una mariposa clarísima ascendiendo al azul desde el montón de tierra removido?

No; una violeta blanca adherida a este suelo; sólo eso...

LUCILAGODOYALCAYAGA
Coquimbo, noviembre 1^o de 1909.

VENTAJOSO CANJE ...

«Nosotros dejaremos pasar la Instrucción Obligatoria, dicen los conservadores a los radicales, pero ustedes a su vez dejan pasar las Universidades libres y aceptan el artículo de aquel proyecto referente a subvenciones a escuelas particulares».

¡Hermoso canje! Los beneficios de la Instrucción Obligatoria, con ser tan grandes, serán menores que los males ocasionados por el *pase* de esas dos cosas inauditas: el proyecto de don Abdón Cifuentes y el artículo destinado a dar a la enseñanza clerical un auge espantoso.

Bastante daño hacen las escuelas parroquiales existentes, puestas como una amenaza frente a la noble escuela fiscal para que el *heroísmo* de nuestros liberales llegue hasta el punto de pagar tan cara la realización de sus ideales, dándoles alas gigantescas con el Presupuesto

Cuando el senador por Valparaíso don Guillermo Rivera pidió la creación de un Curso de Leyes en Valparaíso, los conservadores dijeron que eso significaría la propaganda radical protegida, costada por el Estado.

Las subvenciones enormes exigidas por ellos para las escuelas particulares, que serían en su totalidad parroquiales, ésas sí que significarían el jesuitismo escolar amparado generosamente por el Estado.

Ha dicho bien el señor Vicuña Cifuentes en un reportaje concedido a «La Mañana», con la Instrucción Obligatoria hay para varios años más, ello se deberá exclusivamente al conservantismo empecinado y fatal al progreso.

Que aprovecha, mientras tanto que la mayoría liberal del país se traduce fielmente en una mayoría tan abrumadora como ella en las dos Cámaras.

La Instrucción Obligatoria pertenece al progreso de un país como la luz al sol, y, a menos que Chile adopte en el futuro la marcha del cangrejo (lo que sería el ideal conservador) ella nos llegará tarde o temprano, ella *madurará* como el máspreciado fruto de nuestra civilización.

Los impugnadores suyos sólo retardarán el florecimiento de esta realidad inevitable, y clamarán en su contra hasta que caigan arrollados por el esfuerzo ya irresistible de los que, mañana como ayer y hoy, darán por ella las batallas más hermosas con que se puede honrar un partido político.

L. G. A.

Santiago, agosto de 1910

EVOcando EL TERRUÑO

(Desde el desierto)

¿Y mi pueblo, mi pueblo agreste, recostado -con gracia de mujer sobre la playa-
con frondazones verdes a la vista del viajero velado?

¿Ya nunca sus acacios, ya nunca sus rosales -deshojarán como caricia muda sus
flores a mi paso- espantando el ensueño en sus nidales?

¿Y mi casita blanca tras los jóvenes álamos sonriendo -su puerta humilde no
abrirá a mi golpe -al golpe tembloroso de mi mano- ni el eco triste de mi voz
doliente?

¿Ya nunca su gran paz solemne y santa, ya nunca su materna -benignidad
cobijarán mi vida; mi vida atormentada -y mis náufragos sueños, y mi tristeza
eterna?

¿Y las vidas propicias, y las vidas amadas -que aguardan silenciosas mi retorno,
esas cabezas blancas- nevadas de dolores, aguardarán en vano mi llegada?

¿Y el cementerio en donde aguardame alguien con espera de vivo, -en donde hay
madreselvas elegidas para aromar mis huesos -no verá, no, mi prometido arribo?

¿Nunca regaré flores? ¿No me cantará más la vieja fuente sus dolientes
historias? -¿Esas cabezas blancas no pondré yo sobre la eterna almohada?-
¿Crecerán las ortigas sobre mis huesos, crueles e irrisorios?

¿Este sol inclemente calcinará mis huesos, en esta tierra estéril que ni aún para
los muertos es amable -para los pobres muertos que dormir piden bajo de
corolas -que de su pueblo como en remedo les hablen?

¡No mi tierra florida, mi oloroso terruño, mi pueblo humilde y bueno- dime que
he de volver a ser muy tuya, que mis huesos, cansados- al polvo volverán, pero en
tu seno!

LUCILA GODOY ALCAYAGA

POESÍAS ESCOLARES

EL HIMNO AL ÁRBOL

(A don Rafael Díaz Lira)

Árbol hermano, que clavado
por tus raíces en el suelo,
la frente verde has elevado
en una intensa sed de cielo.

Hazme piadoso para el suelo
por cuyos jugos me mantengo,
sin que este amor mate el anhelo
del país azul de donde vengo.

Árbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia.

Haz que delate mi presencia
en las praderas de la vida
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.

Árbol diez veces productor
el de las pomas sonrosadas,
el del madero constructor,
el de las carnes perfumadas,

el del follaje amparador,
el de las gomas suavizantes,
y las resinas milagrosas
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas.

Hazme en el dar un opulento
¡Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

de lascivia, en sus vidrios dibujados

Benditas ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternas
¡ duras de la muerte !

Bendito toque sabio
con que apretaron ojos, con que apregaron brazos,
con que juntaron labios !

Ceras, ceras benditas
ya no hai brasas de besos luxuriosos
que os quiebran, que os desgastan, que os devoran

Himno al árbol

Árbol hermano, que clavado
por garfios pardo en el suelo
la clara frente has clavado
en una intensa red de cielo,
hazme piadoso hacia la vejea.
de cuyos himnos me mantengo,
sin que me duerma la memoria.

Manuscrito inconcluso del poema "Himno al Árbol", tomado de uno de los cuadernos personales de la poetisa, transcrito por una alumna suya.

Archivo documental del Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme;
las magnas prodigalidades
Salgan de mí, sin agotarme

Árbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir.

Hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dio a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Árbol, que no eres otra cosa
que un universo protector,
pues cada rama mece airosa,
en cada nido un ser de amor.

Hazme un follaje vasto y denso,
tanto, como han de precisar
los que en el bosque humano inmenso
rama no encuentran para hogar!

Árbol fecundo, hazme fecundo;
Árbol sereno, hazme sereno;
Árbol parlero, hazme jocundo.
¡Árbol, convídame a ser bueno!

GABRIELA MISTRAL
Andes, 1913.

del país aquel de donde vengo.
Árbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra represente
i con el nombre de tu secuencia
hay que delate mi presencia.
En las praderas de la vida,
mi suave i cálida influencia
sobre los otros ejercida.

Árbol diez veces productor,
el de la poma cosechada,
el del madero constructor,
el de la balsa perfumada,
el del follaje amparador,
el de las gomas suavizantes
i las resinas milagrosas,
pleno de tinas agobiantes
i de gargaritas mal-doradas
hazme en el dar un aporte.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón i el pensamiento.

TARDE

Muere el día con una dulzura de mujer.
Vierte paz evangélica el ambiente violeta.
Todo hervor del espíritu se siente adormecer:
como un estanque pleno, cada pasión se aquieta.

La brisa misma mueve levemente sus sedas,
por no trazar un gesto violento en la sagrada
faz de la tierra en éxtasis ... Van descendiendo quedas
unas ovejas de égloga las lomas azuladas.

Y el día que vivimos se extingue como un bueno.
Mitad en el abismo, a un saca de su seno
fuerzas para la última pulsación de ocre intenso,

que hacer arder todo el cielo como un amor inmenso ...
El corazón de bronce solloza en las esquilas
y las estrellas muestran sus lágrimas tranquilas!

GABRIELA MISTRAL



Jerónimo Godoy Villanueva, padre de Gabriela Mistral.
Colección Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

EL COQUIMBO

Año V

La Serena 18 de marzo de 1884

Núm 936

DEDICADA A MI AMIGO
José I. Rojas

A LA SERENA

Serena, ciudad querida,
Dormida a orillas del mar,
Mágico Edén celestial,
Cuna feliz de mi vida,
¿No escucharás, por favor,
Al cantor
Que pide con tierno anhelo
Inspiración a los cielos,
Para cantarle su amor?

En tus jardines preciados
Juncos y rosas florecen;
Y cuando el alba aparece
Jilgueros delicados
Cantan en dulce ternura
Las venturas
Que el porvenir te depara:
Que si la suerte te ampara,
Te protege la hermosura.

Sentado yo en tu colina,
He visto el aura robar
Esencias del azahar,
Y besar las clavelinas;
Y acariciándome hermosas
Mariposas,
De lindas alas pintadas
Se duermen enamoradas
En el cáliz de tus rosas.

Y cuando oculta radiante
Su frente el astro del día
Se pasen a porfía
En tu plaza mil amantes;
y sus amores dichosos
 Sus sonrojos,
Se cuentan las *chicas bellas*;
Y nace amor cual centellas
A raudales de sus ojos.

Una noche sin afanes
Yo vi tu imagen querida,
Como paloma dormida
Entre mirtos y arrayanes,
Zahumada por mil flores;
 Tu loores
Quise en mi lira secreta
Cartarte, y, como el poeta
Eternizar tus primores.

Y velando tu dormir
El Pacífico sereno,
Te guarda dentro su seno
Ún dichoso porvernir,
Y del Andes a la falda
 Esmeralda
Eres velada a la vez
Por un gigante a tus pies
Y otro gigante a tu espalda.

Jerónimo Godoy V.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social, político y cultural, básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.